

Algunas claves y textos de Concepción Arenal para un debate inacabado

M.^a JOSÉ LACALZADA DE MATEO Y LUIS VILAS BUENDÍA

DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA Y SOCIOLOGÍA
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA
mjlacalzada@unizar.es
luis.vilas@unizar.es

Resumen: Este apartado sirve para finalizar este número monográfico. Consta de dos artículos independientes y complementarios. Luis Vilas sobre “*El Visitador del pobre*” y M.^a José Lacalzada sobre las “*Cartas a un señor*”. En ambos la voz de Concepción Arenal queda recogida con amplitud, contextualizada en nuestras intervenciones y preocupaciones presentes, y sobre todo dejando la ocasión a que otras muchas personas puedan aproximarse a ella.

Palabras clave: Intervención social, pobres y señores, reforma social, riqueza, religión.

Some texts and key of Concepción Arenal for an unfinished debate

Abstract: This section serves to finish this monographic issue. It consists of two independent and complementary items. Luis Vilas on “The Visitor of the poor” and. M^a José Lacalzada on “Letters to a gentleman”. In both the voice of Concepción Arenal is widely collected, contextualized in our interventions and present concerns, and especially offering the opportunity to many people to approach to her work.

Keywords: Social intervention, poor and gentlemen, social reform, wealth, religion.

Algunas claves y textos de Concepción Arenal para un debate inacabado



M.^a José Lacalzada de Mateo
Luis Vilas Buendía

Recibido: 27-04-2012
Aceptado: 18-05-2012

Luis Vilas llevaba un tiempo interpretando ideas de Concepción Arenal en su aplicación a la intervención en el presente, sufriendo cuando encontraba otras interpretaciones que a su entender –y al mío– la desencajaban de su quicio. *El visitador del pobre* nos ha acompañado en algunos cafés, frugales, de media mañana. “Esto hay que decirlo”, se estaba convirtiendo en él en una muletilla. “Pues ahora tienes una buena ocasión”, le azucé hace poco tiempo. “Pues de acuerdo”. Claro, que “si te metes con los pobres me obligas a hacerlo con los ricos”, por aquello de compensar. Que sí, que no.

Y aquí hemos llegado en esa consciente complicidad anímica que da conocer por conductos diferentes el legado de Concepción Arenal y que nos fue uniendo de manera creciente a medida que preparamos y coordinamos esta actividad académica y que ahora pretendemos dejar recogida para que ciertas voces, dudas, preguntas, sugerencias y palabras puedan continuar resonando y quedando al alcance de un público mayor.

I. **EL VISITADOR DEL POBRE, ÉSTE QUE DIOS COLOCÓ TAN ABAJO PARA QUE LO LEVANTÁSEMOS**

Luis Vilas Buendía

Generalmente podemos reconocer a cualquier profesión por alguna de sus técnicas o de sus artefactos técnicos. La de Trabajo Social tiene, ligada desde sus inicios, la visita domiciliaria como una parte de identidad de su saber y de su hacer (aunque este artículo no tiene como objetivo ni introducir reflexiones sobre sus sinónimos¹, ni adentrarnos en el debate de si esta técnica es propia y específica de la profesión de trabajo social o de otras profesiones)².

En 1860, Concepción Arenal va a publicar “El visitador del pobre”, donde sobre la base de su propia actuación como visitadora, reflexiona y da pautas de actuación sobre lo que hoy denominamos como visita domiciliaria. Claro que no podemos olvidar ni el contexto social en el que se escribe el libro, ni tampoco el contexto asistencial que propone nuestra escritora, tal como es descrito en la obra. Tampoco podemos perder de vista que esos contextos, lo mismo que hoy en día, van a definir un tipo de visita domiciliaria³, y que el resultado de la misma, es percibido de una u otra forma por parte de la familia visitada.

Es útil recordar que son, en la mayoría de las ocasiones, los contextos asistenciales en los que se ha movido más habitualmente la trabajadora social (o el trabajador social). En ellos lo más común es la solicitud de una demanda de carácter material o una prestación de un servicio concreto. Y estos quedan ampliamente expresados en el libro del que extraeremos unas citas para que confrontadas con nuestro quehacer diario, nos sirvan de reflexión sobre el ser y actuar en la visita domiciliaria.

¹ Ayuda a domicilio, atención domiciliaria...

² Si tecleamos el concepto “visita domiciliaria” en cualquier base de datos académica nos llevaríamos la sorpresa de encontrarnos una gran producción científica sobre el tema, pero fundamentalmente por autores del campo de las Ciencias de la Salud especialmente desde la enfermería y medicina. Y como técnica activa empieza a cobrar cierta importancia profesional en otra de las profesiones de las Ciencias Sociales: la de los Educadoras y Educadores Sociales.

Desde el campo del Trabajo Social podemos es preciso releer el interesante artículo de González Calvo, V. (2003): La visita domiciliaria, una oportunidad para el conocimiento de la dinámica relacional de la familia. *Revista de Servicios Sociales y Política Social*. (61), 63-86.

³ Ella, como veremos más adelante hace una tipología de la visita domiciliaria, desde la perspectiva del visitador (del trabajador o trabajadora social).

ALGUNAS REFLEXIONES

La primera reflexión tiene que ver con el origen⁴ del libro

El Visitador del Pobre⁵ está escrito como libro de consulta y, al mismo tiempo, manual de referencia para la sección femenina de las Conferencias de San Vicente de Paúl, la famosas “visitadoras”, que ella funda en 1859⁶ en su retiro de Potes junto con Jesús de Monasterio.

Tiene un objetivo concreto: poner por escrito lo que ella entiende lo que **debe saber ser** (actitudes), lo que **debe saber hacer** (habilidades) y **lo que debe saber** (conocimientos)⁷ una persona que tenga que hacer una visita domiciliaria. Lo hace conociendo la realidad de la pobreza (ella misma es visitadora) y la realidad de las personas que le rodean en la asociación⁸ y también, y la realidad de lo que hoy denominaríamos el marco teórico:

“Querido Jesús: He leído las lecturas y consejos donde hay muchos para el visitador del pobre, pero que no constituyen un manual con todo lo que debe tener presente, en mi concepto; al visitador se dirige una mínima parte de la obra, y el resto, de un mérito innegable, tiene otro objeto. Continúo creyendo que convendría un Manual del visitador del pobre. Puede usted decirselo a Masarnau, y si le parece que así es en efecto, y si cree posible que una mujer llene este vacío, y así quiere que hablemos, que diga, dónde y cuándo”⁹.

⁴ Para conocer la vida y la obra de Concepción Arenal se recomiendan las lecturas de Lacalzada de Mateo, M. J. (2012): *Concepción Arenal. Mentalidad y proyección social*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza 3.ª ed. y Laffite, M. (Condesa de Campo Alange) (1975): *Concepción Arenal en el origen de unos cambios sociales*. Madrid: Fundación Universitaria Española.

⁵ La primera edición es de 1860. Se puede descargar una edición de 1946 del repositorio digital que tiene la Universidad de Alicante: http://sirro.ua.es/libros/BDerecho/visitador_pobre/index.htm (visitado el 16 de julio de 2012).

Fue un libro que pronto tendría nuevas ediciones (1863 y 1878) siendo traducido casi de inmediato al francés, al inglés, al italiano, al polaco y al alemán.

⁶ Ese mismo año Darwin publica “El origen de las especies”.

⁷ Esto es también lo que preconiza el Plan Bolonia para el Espacio Europeo de Educación Superior para los estudios universitarios.

⁸ Sabe las limitaciones de lo que deberían saber las visitadoras.

⁹ Monasterio, A. (1919): *Diez cartas escritas por Doña Concepción Arenal a mi buen padre Jesús de Monasterio*. Salamanca: Tip. Calatrava.

Segunda reflexión, que tiene que ver con la metodología utilizada por Concepción Arenal

Si viviese hoy diríamos que se vería muy cómoda desarrollando su labor basada en la metodología Investigación-Acción-Reflexión, entendiendo que aglutinamos en esta dos grandes procesos: el de investigación-acción (o de resolución de problemas prácticos) y el de reflexión (la toma de conciencia sobre lo que se hace). De la evaluación de lo realizado se pueden definir nuevas soluciones alternativas del problema.

Sobre esta investigación-acción descubre la realidad de la pobreza en Potes e intenta “una” solución del problema, entiende que la labor debe de ser desarrollada de una manera práctica por lo que establece una Asociación (la rama femenina de las Conferencias) para poder desarrollar su proyecto social - comunitario.

Para los profesionales de hoy en día pueden encontrar en el visitador elementos claros para valorar y confrontar su relación de ayuda, especialmente cuando se sitúa en posiciones equivocadas. Un error común es olvidarse que la exclusión tiene que ver con la trayectoria vital personal, lo que lleva a realizar intervenciones sociales desde posiciones distantes y/o de superioridad¹⁰.

Y esto nos lleva a una *tercera reflexión*: la participación activa.

Una vez que ha puesto en marcha algo, no se detiene¹¹ sigue reflexionando, evaluando, continua movilizándolo a la sociedad y agitando las conciencias (hace denuncia social). Y como va aprendiendo de sus éxitos y fracasos, al transcurrir el tiempo, toma la iniciativa de crear otra Asociación, las “Decenas”: reúne a personas dispuesta a socorrer, en la medida de sus posibili-

¹⁰ En el momento histórico que estamos viviendo se hace cada vez más necesario el reflexionar sobre nuestros propios anclajes vitales, sobre nuestros puntos fuertes y débiles, desde la reflexión teórica de lo que significa exclusión. Concepción Arenal nos va a mostrar como la arrogancia es una forma equivocada de dar, o lo que es lo mismo posicionarnos desde nuestra urna de cristal de la sacralización de nuestro supuesto saber técnico, frente al o a la que demanda ayuda.

¹¹ Aunque, a veces, no se logre el éxito, como en el caso de Concepción Arenal de la que podemos decir que sus éxitos sociales fueron más bien limitado, cuando no escasos.

dades, las necesidades de una familia. Sin distinción de edad ni sexo (estaban integradas incluso por adolescentes y niños), con un propósito bien definido (cercano al Servicio de Ayuda a Domicilio) preservar del internamiento a niños y mayores¹².

“No cabe institución más sencilla. No es una sociedad organizada cual están las demás que trabajan en el mundo para diversos objetos; ni una congregación con estatutos formales y obligaciones de imprescindible cumplimiento. Es simplemente el acto de reunir a diez personas de buena voluntad, para la obra caritativa de cuidar y socorrer a una familia desvalida. Son diez y hacen las veces de padre o patrono, de aquí el nombre que le dimos de “Patronato de los Diez”.

“El proceso de creación de la Decena consta de tres pasos: primero la voluntad de sus miembros de integrarse en ella y constituirse en Decena, en segundo lugar una colecta secreta entre sus integrantes para dotarla de fondos y, en tercer lugar, el apadrinamiento de una familia con necesidades constatadas. No hay límites en los criterios para ofrecer la ayuda, salvo aquellas posibilidades que ofrecen los recursos materiales y humanos de los integrantes de la Decena. Siempre la disponibilidad de recursos era adaptada a las condiciones de la familia apadrinada. Su acción voluntaria ofrecía servicios tales como: alquiler de casa, ropa, comida, medicinas, médico, escuelas, algún trabajo, alivio moral, etc.”¹³.

“Obras son amores y no buenas razones”, tal como reza el refrán castellano, y con este bagaje de trabajo realizado es capaz de crear sensibilidad en la opinión pública, agitando las conciencias de los poderosos de su tiempo, intentar cambiar la percepción social que se tenía del pobre, sobre todo en las clases asentadas, a través de los más variados artículos y de este propio Manual.

Directamente pretende conseguir, con este cambio de percepción, que el pobre no es lo “que decimos de él” (descuidado, ingrato, imprevisor, ...), sino que tenemos que ahondar en las causas estructurales que hacen que aparezca el círculo de la pobreza del que es difícil, cuando no imposible, salir. Busca la reforma social combatiendo los privilegios de clase y lo hace

¹² Aunque no es el caso de Potes.

¹³ Sobre las Decenas ver Lacalzada de Mateo, ob. Cit, pág. 259 y ss.

argumentando contundentemente: con su producción teórica¹⁴ y sus obras puestas en marcha.

Cuarta reflexión: vuélvete hacia ti mismo

El visitador que ha sido movilizado por la toma de conciencia de la situación que le rodea debe primero caer en cuenta de si mismo: reflexionar sobre lo que hace y no hace, por qué lo hace y, sobre todo, situarse en “los zapatos del otro”. Y sobre todo tener presente lo que ella mismo nos manifiesta:¹⁵

“... Sin duda que el hombre puede y debe ser bueno en todas las circunstancias de la vida; pero la humanidad es débil, fuerte la propensión al mal, y gravísima nuestra responsabilidad si, pudiendo evitarlo, dejamos al hombre en circunstancias tales que no puede salvar su virtud sin heroísmo”.

“Entremos dentro de nosotros mismos antes de entrar en casa del pobre, y preguntémosnos: ¿Qué, somos? ¿Qué hemos hecho para merecer nuestra posición, nuestras riquezas, nuestros honores? ¿Qué hemos hecho para evitar las desgracias o los extravíos que deploramos en otros? ¿Qué noble empleo hemos dado a nuestra inteligencia a nuestra riqueza, a nuestro poder? ¿En qué grandes luchas ha triunfado nuestra virtud? ¿Qué grandes sacrificios hemos hecho por los que acusamos? ¿Qué sublimes ejemplos hemos dado a los que intentamos corregir? ¿Qué mérito hay de nuestra parte en no caer en faltas de que no podemos tener ni la tentación siquiera? Si esto nos preguntamos en el silencio de nuestras pasiones acalladas, si a esto respondemos con la sinceridad de nuestra conciencia, ¿quién de nosotros se atreverá a la levantar la mano para arrojar la primera piedra de su desdén y de su cólera sobre los míseros, que Dios no colocó tan abajo sino para que los levantásemos? ¿Quién tan desvanecido por la felicidad, que crea merecerla?”

¹⁴ Muchas veces es necesario releer su argumentario varias veces para dejarse empapar con lo que nos pretende decir para remover nuestra conciencia.

¹⁵ Las citas que se reproducirán a continuación están tomadas de la edición de 1946 de las Obras Completas de Concepción Arenal. Tomo 1. El visitador del Pobre, Madrid. Librería General de Victoriano Suárez. Se han contrastado con una versión editada en 1863 (ambas propiedad del autor del presente artículo).

Todas las circunstancias que a nuestro, parecer nos elevan sobre el pobre, son puramente accidentales. Nuestra fortuna constituye nuestro mérito, y rara vez podemos reclamar otro que el empleo que hagamos de sus dones. ¿ Y quién de nosotros se atreverá a reclamarle? ¿Quién hay tan ciego que se atreva a decir a Dios ni a los hombre: «Yo hice todo el bien que podía hacer, yo evité todo el mal que estaba en mi mano evitar»? ¿Quién hay que no sea justiciable de algunas de estas dos grandes faltas: hacer verter lágrimas, o no haberlas enjugado?».

Quinta reflexión: su discurso

Tal como iniciamos la anterior reflexión es un discurso introspectivo, ciertamente pensado en los valores burgueses. Ella misma es una burguesa, conoce a los de su clase y les pone enfrente la realidad, hasta buscar un punto de encuentro, pero que tiene que nacer desde uno mismo. Y para ello lo hace desde la razón y desde la pasión, con un lenguaje embaucador, desmenuzando cada uno de los conceptos que quiere exponer, y lo hace poco a poco.

Es un discurso en que los ejemplos salpican cada uno de los conceptos que quiere exponer, y lo hace sin medias tintas, con una pasión que, a veces, se desbordan, porque para ella el discurso sin convención desvela una falta de compromiso. Y ella desea que el que haga la visita se implique, tome partido, para que esta acción no se convierta en un mero control social. Para ello, una y otra vez, nos va a recordar que las circunstancias son las que condicionan el comportamiento humano.

Hoy en día estas dificultades siguen existiendo se da un servicio o una prestación hay que “controlar” que sea destinada a lo que se ha comprometido, y desde la óptica del trabajador o trabajadora social comienzan las dificultades de la definición del papel profesional.

El plan de la obra

La obra consta de una dedicatoria, quince capítulos de desigual extensión y una conclusión. De alguno de ellos extraeremos las citas que consideramos interesantes para nuestro propósito.

Antes de comenzar quiero manifestar que en contra de lo que se dice en algunas biografías y artículos que aparecen en internet, el libro no fue escrito por indicación de las Conferencias de San Vicente¹⁶. Y para ello nos podemos remitir a la cita que encabeza la página dos. Es más, tal como recoge María José Lacalzada en “Concepción Arenal. Mentalidad y Proyección Social”, la respuesta que recibe por el hecho de escribir este manual, y que motiva la carta a Jesús de Monasterio, es que el tema estaba suficientemente cubierto y tenía escaso interés¹⁷. En cambio, una vez impreso fue recibido con mucho entusiasmo, con varias reimpressiones, tal como comentábamos anteriormente.

Comencemos...

Para analizar la presente obra articularemos tres grandes ejes temáticos: *el deber ser, el saber, y el saber hacer del visitador*.

Dedicatoria. A todos aquellos que “procuran el consuelo de los pobres.

DEBER SER

1. Reflexión previa a la salida al terreno de intervención.
2. Somos la medida de todas las cosas. Reflexionar antes de actuar.
3. Las cualidades del visitador.
4. Ponernos en la piel del otro.

¹⁶ Esta confusión puede venir del hecho que dejó sus derechos de autor a beneficio de las propias conferencias. Y por la pelea por posicionar a Concepción Arenal o en la vanguardia del catolicismo liberal o en el bando librepensador. Pero tal como dice Antonia de Monasterio: “Su carácter independiente y su profunda ilustración la hacían tener juicios propios que todo el mundo no podía comprender. De ahí que algunos católicos la tuvieran por rebelde, o cuando menos sospechosa, y que los librepensadores quisieran apropiársela. Y ella que no ignoraba el recelo de ciertos católicos, decía algunas veces: “*que si no hubiera escrito El Visitador del pobre la habrían echado de la Conferencia.*”

¹⁷ Ob. cit., pág. 109.

SABER

1. ¿Qué es el pobre?
2. La supervivencia aunque sea con “mentiras”.
3. Análisis de realidad.
4. Principio de realidad para los acuerdos que solicitemos.
5. Empoderamiento.

SABER HACER

1. Cómo actuar en la visita domiciliaria.
2. ¿De qué hemos de hablar?. La entrevista.
3. Escucha activa.
4. Connotar positivamente.
5. Tipos de visita domiciliaria, desde el punto de vista del visitador.
6. Educación para la Salud.
7. Programa de Protección a la Infancia.
8. Intervención socioeducativa con la infancia.
9. Resumen de los principios de actuación del visitador.
10. Estar atentos a las señales del cambio personal. Evaluación del proceso.

Dedicatoria. A todos aquellos que “procuran el consuelo de los pobres

Se hace a las Hijas de San Vicente de Paúl, pero ella misma matiza que entendía por tales “... no sólo a las Hermanas de la Caridad¹⁸, sino a todas las personas que procuran el consuelo de los pobres, siguiendo el sublime ejemplo de San Vicente de Paúl, que es el espíritu del Evangelio”.

¹⁸ En un sentido amplio y no como he oído en alguna ocasión que se refería a las Hermanas de la Caridad de Santa Ana, tal vez por un mal entendido localismo al haber sido fundadas en Zaragoza.

DEBER SER

1. Reflexión previa a la salida al terreno de intervención

“Hay un enlace tan íntimo entre nuestras ideas, nuestros sentimientos y nuestras acciones; influye tanto lo que pensamos en lo que hemos de hacer, lo que hemos hecho en lo que habremos de pensar y sentir ; la idea, el sentimiento, la acción se eslabonan de tal modo para formar un círculo, en que cada fenómeno es a la vez causa y efecto, que no será nunca excesivo el empeño que tengamos en rectificar nuestros errores, a fin de que una idea equivocada no nos conduzca a una acción culpable.

Sera muy difícil que al visitar al pobre aliviemos su dolor, consolemos su miseria espiritual, y corporal, si antes no formamos una idea exacta de nuestra posición respectiva; si no llevamos una humildad y una tolerancia sentida y razonada; si no podemos responder con exactitud cada una de estas preguntas su verdadera respuesta; si la meditamos y nos identificamos con ella entraremos a visitar al pobre en tal situación de espíritu, que ocuparemos siempre el lugar que nos corresponde, y haremos todo el bien que debemos hacer.”

2. Somos la medida de todas las cosas. Reflexionar antes de actuar

“Tenemos nociones exactas de lo justo y de lo injusto; a nuestros ojos aparece el vicio en toda su fealdad, la virtud en toda su belleza. ¿Cómo, si todo tiende a elevarnos, descendemos tanto? ¿Cómo, entrando en los combates con tantos elementos de victoria, sucumbimos tantas veces? Ante el tribunal de la divina justicia, nuestra causa ha de tener más difícil defensa que la de esa gente objeto de nuestra caridad, muchas veces desdeñosa. Pensemos que la prosperidad se convierte fácilmente en ciego orgullo; que, muy solícitos para averiguar si hemos merecido nuestra mala suerte, recibimos la buena como si nos fuera debida. Para entrar en casa del pobre con humildad de corazón y de inteligencia, investiguemos si en su lugar nos conduciríamos mejor que él, y a la vista de sus faltas, de sus vicios, tal vez de sus crímenes, dirijámonos esta pregunta: ¿Los pobres serían lo que son, si nosotros fuéramos lo que debíamos ser?”

3. Las cualidades del visitador

Las cualidades necesarias para visitar con fruto al pobre, se resumen todas en esta dulcísima palabra: la caridad; pero la caridad como la define San Pablo, la que no se ensoberbece, no es ambiciosa, no es envidiosa, no busca sus provechos, no se mueve a ira, no piensa mal, no se goza en la iniquidad, sino en la verdad ; la que es paciente y benigna, la que todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta: la caridad que nunca fenece.

...

Dulzura. *El visitador del pobre ha de tener una inagotable dulzura; su misión es toda de paz y de amor; la violencia no le conducirá nunca a resultados ventajosos.*

Podrá intimidar a los que pretende corregir, podrá obligarles a que tengan la apariencia de las virtudes, impulsados por una mira interesada; pero la enmienda verdadera sólo se consigue por medio de la persuasión (2). Para que el pobre nos crea, es preciso que se persuada que le amamos, es preciso que nos ame: él, más que otro alguno, atiende más que a las razones, al que las dice (3).

...

Después de vuestra visita, dice San Vicente de Paúl, de vuelta a vuestra casa, reflexionad sobre las virtudes que hayáis reconocido en estas pobres gentes, para confundiros vosotros mismos a la vista de vuestras imperfecciones.

...

Nuestro grande argumento, el que debe servir de base a todas nuestras exhortaciones, es el convencimiento íntimo que tenga el pobre, de que todo lo que le decimos es animado del vehemente deseo de su bien espiritual y temporal: todo está perdido si ve nuestro amor propio o nuestras pasiones a través de nuestra débil caridad. Aunque tengamos que ser severos con el pobre, porque así lo exija la justicia, la dureza que pueda haber en el fondo de nuestra resolución no debe llegar nunca a la forma.

Firmeza. *La dulzura con que el pobre debe ir acompañada de una razonable severidad; y esto aun para conservar el prestigio que debemos tener con él, y sin el cual no le podremos corregir. La debilidad de carácter mueve a desprecio y escarnecida por los mismos que la explotan. ¿Cuáles son los hijos insolentes y poco cariñosos? Los hijos mimados.*

... No somos dueños, sino administradores de los bienes de todas clases que distribuimos a los pobres, y debemos llevarlos allí donde la necesidad y el mérito sean mayores. Pensemos que lo que se da indebidamente a uno se quita al que lo merecía; que la arbitrariedad en la distribución de las limosnas es un poderoso argumento contra las asociaciones caritativas, y un motivo que retrae de entrar en ellas a personas virtuosas, cuyo auxilio podría ser muy eficaz. Esta arbitrariedad sirve también de pretexto: guardémonos bien de dar al egoísmo medios de disfrazarse.

Exactitud... Faltamos a la confianza que deposita en nosotros el que nos confió la santa misión de llevar consuelo al desdichado; cada hora, cada minuto que retardamos voluntariamente este consuelo, cometemos una especie de fraude, que tiene algo de sacrílego. ¿Quién será responsable de la desesperación de aquella familia, que aguardó en vano todo el día el socorro que debíamos llevarle; de la blasfemia que formulan aquellos labios, del crimen que medita aquel corazón y tal vez consuma?... Nada nos dirán los tribunales de los hombres, ¡pero compareceremos un día ante el de Dios!

El visitador del pobre no cumple su santa misión con mandar los bonos o cualquiera otra clase de socorro, con dejárselos a una vecina del necesitado a quien iba a visitar, o echarlos por debajo de la puerta: no son el principal bien que llevamos al pobre, sino, por el contrario, son, en general el menor bien de los que podemos hacerle.

Circunspección. El visitador del pobre no sólo debe ser bueno, debe parecer perfecto. Delante de los pobres, como delante de los niños, debemos medir nuestras palabras y hasta nuestros gestos, estar verdaderamente en escena, y como si representásemos un papel de mucha importancia, en que nada es indiferente. Nunca debemos decir nuestra opinión sobre nada, hasta conocer perfectamente la del pobre que visitamos, ni tributar grandes elogios a las virtudes que tal vez finge; ni escandalizarnos altamente de los vicios que ostenta; las acciones, nuestro poderoso argumento para convencer, han de serlo también para ser convencidos, y la reserva un poderoso auxiliar, porque el pobre no es reservado.

... Las apariencias, que son edificación o escándalo, importan mucho a todos, pero muy particularmente a los individuos de una asociación caritativa. La falta de un particular a él sólo perjudica; la del que pertenece a un cuerpo colectivo, recae sobre la corporación, y Dios sabe el daño que puede hacer, ya por los extravíos que impide corregir, ya por los virtuosos que retrae.

Además, el mundo, muy tolerante con los que le siguen, es severo en demasía con los que quieren corregirle y aun consolarle.

Celo. *Nada hay en el celo que parezca obligatorio; en muchos casos puede tener apariencia de un lujo de compasión, y no obstante, es indispensable en el visitador del pobre. Colocado muchas veces entre la inercia del que necesita y la indiferencia del que puede dar, se ve precisado a importunar aquí, a rogar allá, a reprender en otra parte; a luchar con los errores, con las pasiones, con el egoísmo; a olvidar tantos desengaños sufridos; a imponer silencio al amor propio; a ser, según las circunstancias, dulce, severo, insinuante, flexible, patético, jovial y grave; a inventar mil ingeniosos medios de llegar al santo objeto que se propone. Por ventura, ¿podrá hacer todas estas cosas sin ese entusiasmo del bien, sin esa imaginación de la virtud, sin ese fanatismo de la caridad, que se llama celo? Seguramente que no.*

.... Los que pertenecen a una asociación caritativa deben tener cuidado de no ejecutar nada de lo que el reglamento prohíbe; pero necesitan hacer mucho de lo que puede mandar: ningún reglamento puede ser otra cosa que el esqueleto de la caridad.

Perseverancia. *... A veces nos desalienta la poca proporción que hay entre los escasos resultados que obtenemos y los medios que empleamos, como si Dios en la balanza de su divina justicia hubiera de arrojar nuestra buena fortuna, y no nuestra buena voluntad. Además, no somos exactos apreciadores del mal que evitamos ni del bien que hacemos. El bien y el mal van por el mundo como esos pequeños fragmentos de roca desprendidos de las altas montañas cubiertas de nieve, y que se convierten en masas enormes. ¿Quién es capaz de calcular el daño que se evita al evitar una falta, el bien que se hace al contribuir a una acción buena?*

Humildad. *... La humildad no es más que el exterior de la caridad, la expansión de un amor sin límites, que ninguna injusticia extingue, que ningún odio altera: tengamos ese amor y seremos humildes.*

La humildad tiene un gran poder cuando se ve en aquellos en quienes no puede parecer bajeza, y por eso impresiona a los pobres cuando la observan en sus favorecedores. La soberbia en el débil es absurda, en el fuerte es vil. La soberbia humilla sin corregir; la humildad corrige sin humillar. La soberbia despierta el amor propio y nos dispone a defender nuestras faltas; la humildad habla al corazón y nos lleva a confesarlas.

Nuestros iguales, los que tienen mejor posición, nuestros compañeros o superiores, si pertenecemos a una asociación caritativa: he aquí escollos más temibles para nuestra humildad, que es la soberbia del pobre. La suspicacia del amor propio nos hará notar la frialdad del saludo en uno, el aire desdeñoso del otro, la falta de franqueza en el de más allá. Nos parecerá que nuestras recomendaciones no se atienden, mientras se escuchan otras; que nuestros pobres son los menos favorecidos, siendo los más necesitados. Notaremos que nuestros talentos, nuestro mérito, nuestra buena voluntad, pasan inadvertidos, confiando al cuidado de personas menos aptas encargos que deberíamos nosotros desempeñar. Llegaremos tal vez a tener por cierto que se nos desprecia de propósito y se nos humilla a sabiendas.

... Pensemos que los otros valdrán más de lo que suponemos, y nosotros menos de lo que hemos imaginado. En corroboración de ello nos bastará recordar la exagerada idea que de su mérito tienen las más de las personas que conocemos, y cómo se ciegan acerca de sus defectos. Por ventura, ¿nosotros seremos mejores apreciadores de nuestro propio valer? ¿Por qué razón? Pensemos también que los desdichados que queremos amparar, con serlo tanto, tienen quien los aventaje en esa terrible competencia de dolores cuya escala parece infinita.

... Si el hombre es débil e imperfecto, ¿cómo sus obras no han de resentirse de su imperfección y de su debilidad? ¿Hay razón, hay sentido común siquiera, en exigir que en la asociación a que pertenecemos las cosas pasen como si estuviera compuesta de santos y dirigida por ángeles? Hemos de hacernos esta pregunta: ¿Es más el bien que se hace que el mal, en la asociación que criticamos? Si la respuesta es afirmativa, las injurias que alegamos para no pertenecer a ella o para abandonarla, son pretextos del egoísmo, del amor propio, de la debilidad, de la soberbia, origen de tantos males.

... Sucederá, tal vez, que la familia confiada a nuestro cuidado nada adelante en el camino de la virtud: en lugar de darla por incorregible, pensemos que acaso no hay en nosotros las dotes necesarias para corregirla; que no la inspiramos esa simpatía que, nacida del corazón, es el medio más seguro para llegar a él, y entonces debemos pedir ser relevados por otra persona más apta. Este acto de humildad, lejos de rebajarnos, nos eleva; nunca el hombre parece tan grande como cuando confiesa su pequeñez, ni para nada se necesita más fuerza que para ser humilde.

4. Ponernos en la piel del otro

Nosotros no sabemos lo que es la miseria; ignoramos cómo hace sufrir y sentir, cómo modifica moralmente al desdichado que inmola, y no obstante, queremos dictarle leyes, y ¡ay del pobre si no las guarda! ¿Qué diríamos del legislador que formulase un código sin conocer la historia, las costumbres, las leyes anteriores, la religión, el estado social, ni el país que habitaba el pueblo a quien debía regir? Pues ese legislador somos nosotros. Ignoramos lo que es la miseria, pero decimos al miserable: «Obra conforme a tales y tales reglas; de lo contrario, caerá sobre ti el anatema de mi desprecio y de mi abandono.»

...

¿Qué nos sucede, a pesar de nuestros hábitos de toda la vida, cuando alguna pena grave nos aqueja? La mujer más pulcra, el hombre más elegante, ¿no descuidan el atavío de su persona? ¿No tienen la barba crecida, el cabello desordenado, el vestido descompuesto? ¿Cuándo se asean? Cuando se consuelan, o se tranquilizan al menos. Esto nos puede hacer comprender, por analogía, que la miseria que impone privaciones a que no es posible habituarse, y lleva en pos de sí dolores renovados siempre, predispone a ese descuido que le echamos en cara, y por el cual más de una vez nos creemos autorizados para abandonarla. Seamos razonables y justos, y en vez de afirmar con acritud: «¡El pobre es descuidado!, digamos solamente: «¡Es bien difícil que la miseria no lleve en pos de sí la suciedad y el descuido!»

SABER

1. ¿Qué es el pobre?

“A esta pregunta no formulamos una respuesta categórica; pero rara vez deja de notarse en nuestras palabras y acciones cierto desdén hacia los que socorremos; desdén que en algunos casos es un matiz casi imperceptible: no está en lo que decimos, sino en el modo de decirlo, en la mímica, en la inflexión de la voz, en alguna cosa que se siente, y revela lo superiores que somos, en nuestro concepto, al pobre que visitamos. Bien injustos debemos parecer a los ojos de Dios, bien ridículos a los de la razón, cuando presumimos de gigantes, contando por estatura propia el pedestal en que nos colocó la fortuna.

Todos hemos formulado u oído formular ciertos cargos contra el pobre, que constituyen la base de nuestro credo en la materia, y son el punto de partida de muchas acusaciones injustas, de muchos irrealizables intentos.

El pobre, decimos, falta a la verdad. Es descuidado. Es improvisador. Es vicioso. Es ingrato.

Si en vez de decir el pobre, dijéramos la pobreza, seríamos más exactos y menos agresivos; porque los males que están en las cosas hacen pensar en grandes medios para evitarlos, y mandan la tolerancia. Detengámonos un poco a examinar hasta qué punto es responsable el pobre de las faltas que le echamos en cara.”

2. La supervivencia aunque sea con mentiras

La mentira del pobre es una consecuencia de la dureza del rico y de su abandono. Si la desgracia tal como es, sobrado triste en verdad, nos moviera a compasión, no tendría objeto el exagerarla; y si fuéramos a verla por nosotros mismos, quitaríamos al infeliz hasta la idea del engaño. Como está seguro que la mentira es lucrativa y que no se averigua la verdad, el pobre miente. En su lugar, ¿no mentiríamos nosotros? Hipócrita o ciego el que lo sostenga.

La mentira y el engaño en el pobre son la transformación de nuestra dureza: allí podemos estudiarla; está en relieve, deja ver toda su repugnante desnudez. Aceptemos la responsabilidad de las faltas que incitamos a cometer, y en vez de exclamar con altanería: «¡El pobre miente!», digamos con amargura: ¡Le hemos obligado a mentir!

3. Análisis de la realidad

El pobre no puede realizar economías. Si mantiene y educa a su familia, si coloca en la Caja de Ahorros algunas cortas cantidades para cuando le falte salud o le falte trabajo, hace mucho, hace más que probablemente haríamos en su lugar los que le acusamos con ligereza. Si contempla su vejez, si la considera, debe aparecérselo como un espectro, cuya mirada lúgubre acibarara todas sus alegrías. ¿Podrá evitar que sus hijos, formando otra familia, le abandonen? ¿Que, teniendo apenas lo necesario, obedezcan al instinto que nos hace atender primero a los

que nos deben el ser, que a los que nos le han dado? ¿Podrá evitar que sus fuerzas físicas se debiliten, y que llegue un día en que nadie quiera darle un jornal? ¿Podrá evitar la especie de desdén con que se mira, cuando la pierde, al que no tiene más que la fuerza material? ¿Podrá evitar que las enfermedades, compañeras de la vejez y de la miseria, hagan amarguísimos los últimos días de su vida y apresuren su muerte? Si pensara en el porvenir, ¿podría gozar del presente, ni tener una hora de contento y alegría? Y si todo esto es cierto, ¿debemos acusar al pobre por su imprevisión, o bendecir a Dios que se la envía?

4. Principio de realidad para los acuerdos que solicitemos

Meditemos bien la parte de responsabilidad que cabe al pobre en sus faltas, y aun restemos caritativamente algo, seguros de que no hay como hacerle gracia, para que él se haga justicia. Cuando tratemos del remedio, no soñemos facilidades que no existen, que conducen a exigencias absurdas e injustos cargos. Para que una cosa difícil se haga imposible, no hay como pintarla fácil.

El pobre se extravía, necesita toda su fuerza para volver al buen camino; si le pintamos su enmienda como cosa que no exige sino un leve esfuerzo, le hace, y viéndole inútil, desconfía de nosotros y de sí mismo, se desalienta y se exaspera, pensando en que le engañamos acerca de las grandes dificultades que tiene que vencer, o que negamos justicia al mérito de haberlas vencido. Esto no lo expresa tal vez con la claridad pero lo siente, y tiene una frase con que muy a menudo formula nuestros errores: «¡Los señores no saben lo que son trabajos!»

5. Empoderamiento

Nunca repetiremos bastante que el pobre tiene la práctica, no la teoría del mal que hace; que las abstracciones están fuera del alcance de su inteligencia; que los largos razonamientos le fatigan, y que la lógica lucha mal con el hábito. Sin duda, como a ser racional que es, debemos hablarle en razón; pero brevemente, y comparándola al timón de una nave, que dirige, pero no imprime el movimiento. En la regeneración del pobre la inteligencia debe mostrar el camino; pero el impulso para emprenderle, la fuerza para llegar hasta el fin, ha de venir de Dios al corazón.

SABER HACER

1. Cómo actuar en la visita domiciliaria

Hemos de entrar en la casa del pobre sin dar a entender que nos molestan el calor o el frío, el viento o la lluvia, si nos fatiga la mucha escalera, ni ninguna otra incomodidad que sea preciso arrostrar para visitarle. Nos hemos de sentar en cualquier parte, sin reparar si podemos o no mancharnos. Hemos de dominar la mala impresión que nos produce la falta de aseo, el respirar un aire viciado, y conducirnos en fin de modo que parezca que estamos allí como en nuestra propia casa, sin que nada nos choque ni nos moleste. Esto importa mucho, porque hay molestias que, no comprendiendo el pobre que lo sean, las califica de exageraciones pueriles, de refinamientos hijos de la mucha riqueza y de la poca caridad. Además, para que el pobre nos ame, sin lo cual no podemos consolarle ni corregirle; para que agradezca el bien que le hacemos, para que lo sienta, es preciso que no se lo hagamos sentir, que parezca que lo ignoramos, y entonces lo comprenderá mejor.

...

Sin usar de una urbanidad exagerada y ridícula, hemos de ser muy atentos con el pobre: esto le lisonjea y le eleva a sus propios ojos, cosa muy importante, porque el origen de sus muchos extravíos es la falta de dignidad y de aprecio de sí mismo.

Cuando nos ofrece una silla vieja, o nos limpia el asiento, o se duele de no tener ninguno que ofrecernos, o nos encarga que no nos caigamos por la escalera, debemos manifestar de una manera expansiva y cordial nuestra gratitud por estas atenciones.

...

Sin tener el aire de suspicaces escudriñadores, hemos de observar todo lo que hay en la habitación del pobre, porque los objetos materiales pueden servir muchas veces como indicios o pruebas de algún hecho importante. Restos de alimentos o bebidas, que anuncian falta de orden o de obediencia a los preceptos médicos; una prenda de vestir, un bastón, un pañuelo, una punta de cigarro, que indican haber estado allí una persona que nos dicen que no ha ido; una baraja, un arma, un libro donde no hay quien tenga tiempo para leer o quien sepa, mil objetos materiales, en fin, pueden ayudarnos en nuestras investigaciones. Para que éstas no pongan en guardia al pobre, debemos empe-

zar por notar objetos indiferentes: un espejillo, una estampa, colgados en la pared, cualquier chuchería en una vieja rinconera, o sobre una tosca mesa. Reparemos en éstas y otras cosas, no con aire de vana curiosidad, sino como quien toma interés por todo lo que rodea al que quiere consolar. Una baratija rota, que nos encargamos de mandar componer, nos pondrán en camino de hacer sin violencia observaciones sobre un libro inmoral o una lámina obscena. Hemos de conducirnos de tal modo, que el pobre no diga: «En todo se meten» sino «En todo se ocupa».

2. ¿De qué hemos de hablar?. La entrevista

Esta pregunta sirve de respuesta cuando alguno nos hace presente el poco tiempo que estamos en casa del pobre, donde no pueden pasar las visitas de cumplimiento. ¿Con quién cumplimos? Dios ve su inutilidad, el pobre la siente, nuestros superiores la comprenderán por los resultados, el mundo no nos mira, nosotros mismos... ¿Qué idea tenemos de nuestra santa misión si creemos llenarla con algunos minutos de asistencia material? ¿Cómo nuestra conciencia no nos acusa de abusar de la confianza de los que confían a nuestro celo un cargo que tal mal desempeñamos, y de estar en un puesto que otro ocuparía más dignamente?

3. Escucha activa

Nuestras primeras conversaciones con el pobre no suelen ser muy animadas, porque tienen poca confianza, y porque no estamos familiarizados con su lenguaje ni él con el nuestro. Pero la caridad hace prodigios. ¡Qué pronto el que la tiene inspira confianza al que visita! ¡Qué pronto se comprenden, y qué especie de efusión se verifica en el lenguaje de entrambos!

Es digno de notarse cómo las personas ilustradas se acomodan al lenguaje de los pobres, adoptando uno que, sin ser bajo, esté a su alcance, y cómo los pobres pillen el suyo, y poco a poco le van elevando. Una vez llegados a este punto, y se llega pronto, falta siempre tiempo, no asunto de conversación.

La falta de tiempo es un motivo que alegamos para detenernos poco en la visita. Esta excusa podrá ser legítima en muchos casos: si deberes más imperiosos nos llaman a otra parte, no es justo que estemos en casa del pobre; pero entonces, o límite-

mos nuestros cuidados a una sola familia, o confiemos nuestra limosna al que pueda llevarla acompañada de consejos y consuelos que no tenemos tiempo para dar, porque con nuestra visita mal hecha privamos tal vez al pobre de otro visitador que le sería más útil.

4. Connotar positivamente

En vez de exclamar: «¡El pobre es ingrato!», hablaríamos con más exactitud diciendo que el hombre en general no es muy agradecido. ¿Son tan raros los ejemplos de ingratitud entre las personas bien acomodadas? Por desgracia son más fáciles de contar los que recuerden los beneficios, que los que los olvidan.

El pobre, decimos, se acostumbra a recibir el bien que se le hace, como si se le debiera en justicia. ¿Y nosotros no creemos que se nos debe el bien que recibimos? ¿Somos muy escrupulosos para investigar si es merecido?

Hay dos razones para que el pobre nos parezca menos agradecido que lo es realmente. La primera, lo brusco de su lenguaje, la dificultad que halla en expresarse de una manera parecida a la nuestra, lo poco habituado que está a la expansión de los afectos benévolos, de que tan rara vez es objeto: también necesita educarse la gratitud. La segunda causa es, que a veces damos el nombre de favor a la justicia, y creemos de muy buena fe que fuimos buenos y generosos, cuando realmente no hemos sido más que justos.

5. Tipos de visita domiciliaria, desde el punto de vista del visitador

La visita del pobre puede dividirse en cuatro clases. La que se ha llamado de corredor, reducida a ver al pobre y darle el socorro material, sin sentarse, tal vez sin entrar en su casa, ni acabar de subir su penosa escalera.

La de cumplimiento, en que el visitador se sienta, está muy amable, habla algunos minutos de cosas muy indiferentes, y se va.

La de amigo, que se prolonga, y en que se habla de las necesidades del pobre, de sus faltas, de los medios de mejorar su conducta y su posición, y se dan consejos y consuelos.

La de padre, que es todo lo larga que el caso requiere, y fre-

cuentemente según la necesidad ; en que se ríe y se llora, se reprende ásperamente y se consuela con amor; en que se habla mucho; en que se guarda silencio ante dolores sin remedio sobre la tierra; en que se reciben íntimas confidencias; en que se manda y se prohíbe, y se amenaza y se ruega; en que hay lágrimas de arrepentimiento, de amargura, de compasión y de gratitud; en que se reciben desengaños y estímulos, quejas y bendiciones.

Ya se comprende la inutilidad de las dos primeras visitas, que podemos hacer durante muchos años, toda la vida, sin inspirar confianza al pobre que las recibe, sin conocerle más que de vista, ni hacerle otro bien que el socorro material que le llevamos, que así aislado acaso no lo sea, y tal vez le perjudique estimulando su pereza o dando pábulo a su intemperancia.

Nuestra visita debe ser de padre, y si a tanto no podemos llegar, de amigo. ¿De qué hemos de hablar con el pobre? ¡Ah! ¡Si somos buenos, no faltará asunto de conversación! ¡El pobre tiene tantas cosas de que hablarnos! ¡Le sirve de tanto consuelo el que le escuchemos! ¡Nos da tanto derecho a que nos escuche, el haberle escuchado!

... No puede faltar asunto de conversación con el pobre, que recibe como un gran consuelo nuestra visita, que nos consulta sobre todo lo que debe hacer, y nos refiere todo lo que ha hecho: tiempo y voluntad es lo que falta generalmente. El pobre puede ser prolijo en sus relatos; a veces nos cansa y nos impacienta con sus rodeos, con sus episodios, empleando media hora en decir lo que podría muy bien referirse en cinco minutos.

Pero si interrumpimos su relato, si damos muestras de impaciencia, si no le dejamos decir todo lo que él quiere, es seguro que callará alguna vez cosas que nos importe saber. Además, si no le escuchamos, no nos escuchará, y luego, ¡par tan duro privarle del, consuelo que halla en referirnos extensamente sus cuitas! ¡Tiene tan pocos que le oigan! ¡La desgracia deja un vacío tan grande en derredor del desgraciado!

6. Educación para la Salud

Sin necesidad de dinero podemos hacer mucho bien al pobre, aun materialmente. La miseria produce, entre otros males, una apatía que parece preferir los dolores al trabajo de buscarles remedio, y un abandono que la caracteriza siempre y en todas partes.

Procuremos mejorar las condiciones higiénicas de la habitación del pobre, cuidando mucho de hacerlo de modo que él no sospeche nunca que es nuestra comodidad, y no su bien, el móvil de semejante conducta. Si el aire está viciado, cosa muy común, podemos abrir la ventana, con un pretexto cualquiera, notando la buena vista que allí se disfruta para observar un objeto que hay enfrente, etc., etc.; y luego, como por descuido, la dejaremos abierta. Podrá ser que el pobre note una grata impresión con el aire renovado, y entonces ya no hay más que hacer; pero podrá ser que no, porque la miseria embota hasta el instinto de conservación. Entonces, ya en pie para marcharnos, debemos explicarle, del mejor modo que podamos, que el aire respirándole se vicia, se hace infecto, y si no se renueva, basta por sí sólo para producir a la larga enfermedades y agravar desde luego cualquiera que se padezca: después le pedimos permiso para abrir un poco, y nos vamos, a fin de que nunca imagine que lo hemos hecho por comodidad nuestra.

Otras veces, por el contrario, hay que evitar la entrada del viento, que penetra por todas partes. Se tapan con papeles, llevados al efecto, las rendijas; se pide un poco de yeso en la obra más inmediata para cubrir unos agujeros; se pone un bramante en cruz para que sostenga el papel de una ventanilla, en donde el viento le rompía siempre; se unen algunos pedazos de estera vieja o alfombra para cubrir el frío ladrillo, etc., etcétera. El pobre, que nada de esto remediaba, apenas ve que ponemos manos a la obra, es otro hombre. ¡Con qué actividad nos ayuda! ¡Con qué solicitud procura que no nos manchemos, que no hagamos esfuerzos que puedan perjudicarnos! ¡Infeliz! ¡Lo que no hacía por sí, lo hace por nosotros! ¡Parece que no ama sino porque le amamos!

Muchas veces, la cama de un enfermo que debe sudar y está sudando, se halla colocada en el sitio más expuesto al viento, o donde se percibe más ruido, que molesta al que sufre un fuerte dolor de cabeza, etc. Ni el paciente ni los que le rodean lo echan de ver; notémoslo nosotros, y pongámosle remedio hasta donde sea posible.

El aseo de la casa también nos dará que hacer: sin embargo, por regla general, nuestra visita, hecha cuando no se espera, basta para que las cosas vayan un poco más en orden. Pocas serán las familias que no traten de asear algo su habitación, para recibirnos en ella. Las hay, no obstante, y con ellas es preciso recurrir a remedios supremos. La violencia y la cólera nada consiguen: la amenaza de retirar el socorro debe economizarse mucho, dejándola para casos más graves: los medios supremos

no son los medios violentos, en confirmación de lo cual citaremos un hecho.

... Al mismo tiempo que estímulo al que procura enmendarse procuremos que el incorregible reciba humillaciones, sin que sospeche que hemos contribuido a ellas, y aunque nos parezca duro, consintamos en que sufra los rigores de la estación, ya que no cuida el traje que podría ponerle a cubierto de ellos, y digámosle con pesar: «Amigo mío, me duele en el alma ver a usted en este estado ; pero como darle un vestido es tirarlo, y hay tantos que lo necesitan, no puedo en conciencia hacerlo.» Lo suave del lenguaje y lo duro del castigo tal vez logren corregirle.

Este cuidado material del pobre puede tener consecuencias que no sean materiales.

El hombre físico y el moral están unidos de tal manera, que modificado el uno, rara vez deja de modificarse el otro. La postulación del ánimo le hace ser descuidado con su persona, y el aseo levanta su espíritu. Si al que yace en la miseria le vistiéramos decentemente, dándole una buena habitación, veríamos que sus pensamientos se elevaban, que sus inclinaciones eran menos bajas. Por eso al corregir al pobre por su descuido, no le hacemos sólo un servicio material, sino que le ponemos en camino de ser mejor, y con la higiene de su cuerpo le preparamos la salud del alma.

7. Programa de Protección a la Infancia

Según los grados del mal debe variar la clase del remedio. Hay familias tan pervertidas, que no queda otro recurso sino apartarlas de sus hijos, a lo cual no se oponen. Si son muy pequeños, la dificultad es grande, porque ni pueden colocarse en aprendizaje, o donde presten algún servicio por el que ganen la comida, ni será fácil que los reciban en los establecimientos de beneficencia, donde se atiende a los huérfanos que dejan la miseria o la muerte, más bien que a los que dejan el vicio. Si no nos fuere dado separar al niño de su viciosa familia, amparémosle allí cuanto nos sea posible, protejámosle contra la brutalidad de sus padres, inspirémosle odio a sus vicios, que él tendrá propensión a mirar como odiosos, procurando salvar el amor y el respeto que debe a los autores de sus días.

8. Intervención socioeducativa con la infancia

Procuremos que el niño vaya a la escuela, aunque sea muy pequeño, menos por lo que puede aprender allí, que para evitar lo que aprendería en su casa y en la calle. El primer día vayamos nosotros mismos a llevarle; el niño que va con temor, se animará, nos lo agradecerá mucho, y el maestro le tratará con más consideración. Volvamos con frecuencia a informarnos de nuestro protegido: si su conducta es buena, elogiémosle en presencia de todos; si no, esperemos a estar solos con él para reprenderle, enseñándole alguna chuchería, que tenemos el disgusto de no poderle dar, porque no la merece. Hagamos lo posible porque el niño vaya decentemente vestido; si no, se burlarán de él sus compañeros, y los niños son extraordinariamente sensibles al ridículo, hasta el punto de arrostrar algunos la cólera de sus padres, antes que ir a la escuela en que les ponen mote.

...

Debemos ver con toda la frecuencia posible a nuestro niño, ya en su casa, ya en la escuela, o en el establecimiento benéfico, o en casa del maestro donde le hayamos puesto en aprendizaje. Que ni a él ni a los que le rodean les ocurra la idea de que está solo en el mundo, sino que, por el contrario, sepan que hay una persona que vigila y se interesa eficazmente en su suerte. El trato frecuente nos pondrá también en estado de estudiar su aptitud e inclinaciones, estudio indispensable para guiarle. La eficacia de un castigo o de un estímulo varía según el carácter del niño a quien se dirige, y la vocación que no se ve o no se respeta, le hace desgraciado y le pervierte. A veces decimos: «Este niño tiene inclinación a tal cosa»; o bien: «No manifiesta inclinarse a nada», y en los dos casos nos engañamos. Es fácil equivocarse la aptitud con el instinto de imitación, que hace al niño educable y le impele a repetir los actos que presencia muchas veces; es fácil también que la aptitud de un niño no se haya manifestado, porque en el limitado círculo en que vive no vio el objeto que debía despertarla.

...

Pero lo que debemos procurar con más cuidado es inspirarle cariño. Que sus disposiciones benévolas no queden en eterno letargo por falta de acción; que sienta, que agradezca, que ame; y este amor será el hilo que le conducirá fuera del laberinto de vicios en que le colocó su mala suerte. Hay niños que, incorregibles para sus padres, que los maltratan, se corrigen por amor y respeto hacia una persona que reconocen muy superior a

ellos, y que los trata con cariño. El niño que se ve abandonado de todos está dispuesto a hacer mucho por la única persona a quien ama y de quien es amado.

9. Resumen de los principios de actuación del visitador

Resumiendo lo que hemos dicho en este capítulo, podemos fijarlo en la memoria de esta manera:

Mucha calma.

Mucha tolerancia.

Mucho amor.

Algunos beneficios materiales.

Mucho cuidado para buscar el momento oportuno de hablar de Dios al que se ha olvidado de El.

Mucho desdén de las críticas injustas.

Muchos ejemplos.

Muchos hechos que corroboren nuestras palabras.

Muchas escenas conmovedoras, principalmente de esas que empiezan por hablar a los sentidos y acaban por llegar al corazón.

Pocos discursos.

Pocas abstracciones, y nunca presentar objeciones que el pobre no hace, aunque puedan rebatirse de la manera más concluyente.

10. Estar atentos a las señales del cambio personal. Evaluación del proceso

Tampoco debemos emplear estos medios de impresionar al pobre extraviado, sin tener probabilidad de que se halla en estado de recibir semejantes impresiones. Si a un hombre grosero y vicioso le llevamos sin preparación al campo o al templo, sólo conseguiremos inutilizar este recurso por no haberle usado a tiempo. Es preciso que antes haya dado pruebas de que en su ser moral se ha verificado algún cambio, y estas pruebas podremos buscarlas en alguna modificación de su conducta, en el modo de escucharnos y en alguna señal de gratitud. Emplear un lenguaje decente el que acostumbra a usar palabras obscenas, tratar con menos dureza a su familia el que la maltrataba, frecuentar un poco menos los lugares en que se embriaga o se arruina, escucharnos sin impaciencia, y otras señales análogas,

pueden servirnos de prueba, o de indicio cuando menos, de que el pobre se ha modificado profundamente y está en vías de corregirse.

... Su inteligencia está oscurecida por la ignorancia, extraviada por la culpa: parece que sólo en el corazón conserva aún el sagrado privilegio de reflejar la verdad. Dando a nuestros razonamientos una importancia que no tienen, y extraviados por la vanidad, no vayamos a creer que el pobre .es mejor porque nos ha comprendido; sucede todo lo contrario: comprende, porque es mejor. Podemos medir los progresos de su regeneración por los de su inteligencia, y este conocimiento puede sernos precioso. Pero cuidemos mucho de no comparar a un pobre con otro, sino con él mismo, estableciendo por término de nuestra comparación, no lo que alcanza otro que se halla en circunstancias análogas, sino lo que alcanzaba él cuando empezamos a visitarle.

II. CARTAS A UN SEÑOR, ÉSTE QUE NO DEBERÍA TENER NINGÚN DERECHO SINO COMO SER MORAL Y RACIONAL

María José Lacalzada

Concepción Arenal es una personalidad enigmática siempre. La profundidad, minuciosidad y amplitud de su pensamiento, contemplando las interminables variables que puede entrañar la autodeterminación humana en sus relaciones en sociedad, la convierte en un referente universal. Llegar al fondo de su discurso es una empresa tan fácil y difícil como “dejar hablar al personaje” y “aprender a escucharle”, sin amoldarle a rígidas hipótesis o categorías de análisis que si en ocasiones clarifican el discurso científico, otras convierten en axiomas los prejuicios de partida del investigador y/o llevan a distorsionar las verdaderas intenciones del interpretado.

Así ha parecido en algunos círculos académicos que Concepción Arenal por enfrentarse a la Internacional obrera no pudiera ser otra cosa que una conservadora a la defensiva; que por tratar de suscitar la “caridad” entre los ricos y la gente acomodada no pudiera tener otra interpretación que una justificación hipócrita y falaz para la dominación entre las clases. Y lo que son las cosas, fue ella, precisamente y para colmo, quien primero desenmascaró y denunció tal perversión de la caridad, tratando de girar la mirada hacia otra disposición anímica que más tenía que ver con el genuino sentido de la solidaridad humana, reconociendo que todos procedemos del mismo ente creador, y con el de la justicia social, reivindicando que en sociedad podamos encontrar medios para el desarrollo personal, que con aquellos otros “anestésicos de la conciencia” como ella misma calificase en su momento, citando a Reville. Y con la “resignación” mencionada a los obreros, para aceptar lo inevitable manteniendo las fuerzas para buscar remedio y consuelo a los males, pasa tres cuartos de lo mismo.

Hace apenas veinte años pesaba sobre Concepción Arenal una admiración indefinida junto a bastantes reticencias y prejuicios dentro de la comunidad universitaria. Los percibí y recuerdo muy bien. Había transcurrido, tal vez, demasiado tiempo entre su vida y las nuestras. Era necesario para entenderla saber ver desde dentro de aquella problemática socio-política ante la que

ella reaccionaba, cuando escribía y actuaba, en el último tercio del S.XIX. Este fue el reto que asumí entonces como historiadora. No es tiempo de repetir ahora tantas cosas que dejé argumentadas al finalizar el ya pasado siglo XX. Lo escrito, escrito queda, como aval para que las claves de lectura que dejaré consignadas a continuación, una vez más, no parezcan fruto de la improvisación y menos de intento de manipulación alguna. Pueden ser útiles para facilitar a otros historiadores el aproximarse a su legado contextualizado en su tiempo y también para mantener cierto “aliento de humanidad” que todavía hoy pudiera tener resonancia dentro de las ciencias políticas y sociales. Este último objetivo es el que motiva estas páginas:

-La dicotomía “burguesía explotadora-obrero explotado”, útil hasta cierto punto es insuficiente para comprender la dinámica de las clases, en su integridad, en el siglo XIX. Concepción Arenal si se opone a la Internacional no es para hacer bloque con la burguesía conservadora, que lleva otro discurso e inicia otras maniobras, sino para tratar de introducir la vía del reformismo social europeo que está comenzando a dar ya los primeros frutos suavizando las costumbres y mejorando la integración social. Era la intención de aquellos reformadores sociales humanistas, entre quienes podemos encontrarla, ir mediante el juego de las libertades hacia la igualdad de oportunidades y a una distribución más equitativa de la riqueza.

-La riqueza no solo se entiende dentro de las frías e interesadas ecuaciones de quienes medraban y adquirían cotas de poder amparados en el individualismo materialista, sino que tiene un sentido integral engarzando así con una de las vías abiertas por la Ilustración. El ser humano es perfectible y debe encontrar en sociedad los medios para su realización humana y para contribuir al bienestar del conjunto social, esta es la convicción de partida. La razón –la naturaleza– el sentido de la justicia encuentran aquí una triada indisoluble dentro de la mentalidad de Concepción Arenal y como eco integrador de la Ilustración. Este acceso al conocimiento se plantea aplicado a resolver problemas existentes en el S.XIX. Es decir dentro del juego de las fuerzas que a ella le tocó vivir; su aliento de elevación humana es el que puede permanecer hoy.

-Cuando Concepción Arenal invoca el referente de Dios-Providencia no es para mencionar exclusivamente al Dios de los

católicos, como falaz y conscientemente, consignase su primer “recatolizador” Alarcón y Meléndez, reivindicando a la “celebridad”, que precisamente reconocía que era, “desconocida” entre los católicos de entonces, sino para invitar a una autocrítica que seguramente tuvo pocos seguidores. Ella, consecuente con referentes e interpretaciones más libres que podían suscitarse dentro del amplio legado recogido por el catolicismo a lo largo de la historia, concebía un Dios Transcendente (infinito, incommensurable, inefable...etc.), más inclinado hacia la justicia natural que a la ira. Ella, enfrentándose a la ortodoxia dominante, manifestó encontrarlo desvelándose progresivamente a partir de las leyes de la razón, la naturaleza y la conciencia humana, quedando así abierto al entendimiento ecuménico; tal como corresponde a un referente universal por encima de las estructuras eclesiales de cualquier tiempo. Evidentemente estaba yendo bastante más allá de lo que permitía el estrecho juego político antiliberal en el que la religión estaba metida por entonces en España.

-Durante el siglo XIX se estaba asistiendo a la ruptura de los privilegios propios del Antiguo Régimen y a la construcción de los Estados liberales. La soberanía de la nación, delegada en los representantes políticos en parte y ejercida directamente mediante la asociación y la opinión pública, se abría paso como renovadora teoría política y actividad práctica. Era la manera de no paralizar el impulso revolucionario, la dinámica emancipadora hacia los restantes sectores de la población. Era éste otro de los referentes a la vista de Concepción Arenal encontrándose así entre quienes propiciaron las primeras medidas intervencionistas de los Estados, encaminadas a proteger los más débiles y sobre todo instando a la movilización de una sociedad civil que detectase y resolviese los problemas desde su raíz.

-Tratar de “acompañar los intereses materiales y los morales”, era por entonces una clave fundamental para la emancipación dentro de las sociedades y las estructuras políticas. Implícito estaba que el crecimiento económico debería ir unido a la felicidad de la nación, al bienestar decimos hoy. Había reformadores con sensibilidad humanitaria en las corrientes del liberalismo y del socialismo que trataron por diferentes medios de evitar la separación de la moral y la economía. Y es esta otra de las convicciones que Concepción Arenal albergaba mientras

escribía sus *Cartas a un señor*, entrando desde su propia personalidad y discurso, por esta misma vía, que –para nuestra desgracia– hoy pudiera parecer una utopía, bastante más que por entonces, pese a los diferentes esfuerzos que se orientan hacia la sostenibilidad.

Ella escribía teniendo a la vista las relaciones político-económicas, sancionadas por las leyes, que se producían a la escala de entonces y dentro de un convencimiento ilustrado de la existencia de una armonía universal preestablecida hacia la que tiende la humanidad en su evolución a lo largo de la historia. Los Estados estaban comenzando a poder controlar su propia dinámica de funcionamiento interior y el desarrollo y participación en la vida pública de una ciudadanía consciente y solidaria, tal como ella proponía, tenía tal potencial revolucionario que fue neutralizado desde ciertas actitudes y mecanismos de poder tan sutiles que escapan a los análisis superficiales siempre: cuando los vemos pasado el tiempo, así como cuando los sufrimos en nuestro propio presente.

Esperemos que algo de la voz que Concepción Arenal dejó contenida en su *Cartas a un señor* vuelva a reverberar con el mismo sentido incisivo, moralizador, denunciante, transformador, valiente con que ella las escribió. Por razón de espacio, algunas han sido suprimidas, y otras simplemente contienen algunos párrafos sugerentes. La versión completa tiene fácil acceso a través de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Carta primera: Nunca es peligroso decir la verdad

*Muy señor mío: Ha tenido V. la bondad de acoger con benevolencia y favorecer con su aprobación las **Cartas a un obrero**, pero V., persona ilustrada, habrá notado que la **Cuestión social** apenas se conocía allí más que bajo el punto de vista de los errores y de las faltas del pobre, y como el rico faltas comete también, errores tiene, y si acerca de ellos guardáramos silencio, sobre dejar la cuestión a medio discutir y la obra manca, parecería como que no nos atrevíamos a decir la verdad más que a los pequeños para contentamiento de los grandes, adu-
lándolos con el silencio, cosa tan ajena a nuestro carácter, como a la índole de nuestra Revista. Nada hay más contrario a la cari-*

dad que la mentira calculada que se llama adulación, o el silencio temeroso que se hace cómplice del mal, dejándolo pasar sin reprobación ni anatema.

Caridad es amor, y no ama al rico el que no procura contribuir a que se perfeccione, y por temor de excitar su enojo, merece su desprecio.

*Debo manifestar a V., con franqueza, lo que alguna persona muy sensata me ha dicho acerca de los inconvenientes de dirigirlas estas cartas por medio de la prensa, inconvenientes que pueden resumirse así: **peligro de que los pobres conviertan en un arma la verdad que digo a los señores.***

***Verdad peligrosa**, me parece algo así como santidad impía, o claridad oscura. Tengo fe en la verdad, como en Dios, de quien es hija, y cuando no la contemplamos pura, cuando la rodeamos de errores y pasiones, es frecuente hacerla responsable de los males que causa aquel acompañamiento desdichado. Lo más que podemos conceder es que haya alguna ocasión **rara**, en que por breves momentos convenga aplazar la predicación de la verdad. Ni esa ocasión ni esos momentos son de la época actual; todo se discute; no hay doctrina, por absurda que sea, que no tenga apóstoles; los argumentos tienen el carácter de arremetidas, y el campo de la discusión parece más bien arena de lucha. ¿Cómo en tal situación ha de ser peligroso llegar entre los combatientes, y decirles algunas palabras a impulsos del amor a los hombres y de la fe en Dios? Que no las oigan, lo comprendemos, pero que en esta hora puedan hacer mal, es como suponer que la débil mano de un niño puede activar el fuego de un volcán en erupción.*

Sí no tenemos escrúpulo de que los ricos abusen de las verdades que decimos a los pobres, ¿por qué hemos de temer que éstos conviertan las que dirigimos a las clases acomodadas en armas de combate? La plebe, se dirá, recurre a la violencia, y ¿recurre ella sola? Todas las clases, todos los partidos, ¿no apelan a la fuerza para sobreponerse a la ley? La violencia es criminal, es abominable, pero todos se manchan con ella, y si hay algún medio eficaz de combatirla, es diciendo la verdad e invocando la justicia.

Además, en esta hora urge mucho que las clases acomodadas comprendan sus deberes y los cumplan y no desoigan el aviso que la Providencia les ha dado. Mal les sirve el que les haga creer que el peligro pasó, que el pequeño amago es el gran golpe, y que la tempestad ha desencadenado todos sus huracanes. Hemos visto desórdenes y crímenes, con dolor de que fuesen tantos, con asombro de que no fueran más. ¿Cómo

no ha sido mayor el choque de las masas abandonadas a sus iras, a su descreimiento, a sus errores? Todavía el virus no había penetrado en toda la sustancia; todavía no se habían extinguido todas las voces de la conciencia, ni estaban rotos todos los frenos del deber ni todos los lazos del amor; pero no nos durmamos sobre el abismo; si el volcán no nos ha sepultado, si no hubo gran erupción, en las pequeñas corrientes pudimos apreciar la temperatura de la lava, y ¡ay del día en que corra en mayor cantidad, día inevitable, si no apartamos las materias de que se forma!

(...)

Y no es que yo desespere de la humanidad, no señor; creo que bajo la mano de la Providencia camina a un porvenir menos triste que su pasado, pero creo también que le esperan jornadas penosas, horas de prueba, y que ha menester rodearse de la luz de la verdad para no caer en abismos, de donde saldría, pero después de haber sufrido dolores horribles y cometido culpas graves, que puede y debe evitar.

La hora es solemne, el peligro grave, y las conciencias rectas deben agruparse, y las voluntades firmes formar cuadro, y todo el que tiene fe, decirlo muy alto y erguida la frente, porque hemos llegado a tal confusión y locura, que las señales de fuerza se toman como signos de debilidad, y el descreimiento y el egoísmo tienen la increíble pretensión, no sólo de dictar leyes, sino de inspirar respeto.

Por estas y otras muchas razones, creo, caballero, que el silencio no es prudencia, sino cobardía; que no es hora de poner mordazas a la verdad cuando el error se pregona con tantas trompetas, y que si los pobres tienen errores de posición, lo propio acontece a los ricos, porque cada clase vive en atmósfera distinta, pero dañosa muchas veces para la conciencia, y que, por ser habitual, se respira como si fuera sana. Las clases, como los individuos que las componen, no son impecables; ninguna puede tirar la primera piedra, y en momentos supremos como el actual, bien es que hagamos todos examen de conciencia y confesemos a Dios nuestros pecados, y los confesemos en alta voz como los primeros cristianos, porque al punto a que han llegado las cosas, esta confesión es necesaria, da buen ejemplo, fortifica las conciencias, y más calma que irrita a los perjudicados por la culpa, y que la saben.

*Es lógico, pero es triste, que un país que con frecuencia ventila sus asuntos por la fuerza, escrupulice tanto cuando se trata de someterlos a la razón; que tema más la verdad que la pólvora, y que, rehusando discutir las opiniones, las **arme**. Yo no sé cuál*

será su parecer de usted, caballero; el mío es, que si se quiere salvar algo, o mucho, es necesario discutirlo todo, y que ningún problema puede ya resolverse a oscuras. Por eso he determinado dirigir a V. estas cartas, con las cuales, lejos de cometer una imprudencia, me parece a mí que cumplo con un deber.

Carta segunda: Lo que entendemos por pobres y por señores

*Los ricos, las personas acomodadas, por lo general, no suelen meditar mucho sobre sus deberes ni consultar muy detenidamente su razón y su conciencia para cerciorarse de que los han cumplido; pero aunque sumariamente, y como si dijéramos al por mayor, algunos piensan a veces en lo que mutuamente se deben ellos y los pobres, y comparando cómo cumplen unos y otros, y el mérito respectivo, resulta el suyo mucho mayor, no siéndolo realmente. Equivocación como la que padecen los que creen que la **estadística** se reduce a números, sin que para determinar su verdadero valor entren la lógica y el raciocinio. Hagamos, aunque brevemente, un paralelo entre las dificultades que halla el pobre y las facilidades del rico, y esto nos conducirá a determinar en qué se distinguen esencialmente.*

(...)

*Aun la persona menos religiosa, si es razonable y un tanto ilustrada, comprenderá el valor moral y social de las **Obras de Misericordia**, que en algunos casos (creemos que en muchos) se deben de justicia. ¿Qué artículos puede practicar el pobre, de este código bendito cuya aplicación sería la honra y el consuelo de la humanidad?*

¿Cómo ha de dar de comer al hambriento, ni vestir al desnudo, el que padece de desnudez y hambre; ni hospedar al peregrino el que en su reducida vivienda apenas tiene cama para sí; ni redimir a nadie de ningún cautiverio el que tan necesitado se halla de ser redimido él mismo? ¿Qué enseñará el que nada sabe? ¿Qué consejos dará quien necesita consejo? ¿Cómo corregirá el error quien tan expuesto se halla a caer en él, y tan falto de prestigio para hacer triunfar la verdad? ¿Qué consuelo llevará al triste quien, falto de medios materiales, de recursos en su inteligencia, ha sido tantas veces objeto de compasión sin inspirarla, y apenas comprende mayor desdicha que la suya? ¿Puede el pobre, sino por alguna rara excepción, realizar algunas de estas obras y salir de su virtud pasiva de no hacer mal, para tener virtud activa y hacer bien?

El rico, la persona regularmente acomodada, no tiene mérito en la mayor parte de las acciones que constituyen la virtud del pobre, porque virtud supone combate, sacrificio, esfuerzo, vencer alguna dificultad que lo sea o que lo ha sido, antes que la persona llegue al grado de perfección en que toda acción buena es natural.

(...)

El que tiene cubiertas sus necesidades, no se ve en la de pedir prestado lo que no puede pagar, ni de perder aquella dignidad que tanto pelagra en el hombre que carece de lo preciso: su mérito no está en no contraer deudas, sino en pagar aquellas que la conciencia reconoce a favor de la humanidad doliente y miserable.

El que tiene alguna instrucción y algún desahogo, no oye el mal consejo del hambre, ni la ignorancia le extravía; su mérito no está, pues, en no seguir al primero que le excita a la rebelión, sino en apartar de ella al menos afortunado, en hacer cuanto pueda para que el error no extravíe las conciencias, y la miseria no encienda las pasiones.

*Podríamos continuar esta especie de paralelo, y resultaría siempre que son meritorias en el pobre acciones que en el rico no tienen mérito alguno, y que la virtud del primero consiste más bien en abstenerse, tiene más carácter **pasivo**, y la del segundo en hacer, y es esencialmente activa”.*

(...)

Carta tercera Plan de los asuntos que trataremos en estas cartas. La cuestión religiosa. Su influencia en los problemas sociales

(...)

La religión no consiste en fórmulas exteriores, en prácticas casi mecánicas, en palabras cuyo sentido se ignora o se olvida, en preceptos que verbalmente se respetan, pero que prácticamente se quebrantan. La religión es una cosa íntima, que arranca de lo más profundo de nuestro corazón y de lo más elevado de nuestra inteligencia, que tiene manifestaciones exteriores como señales de lo que en el interior existe, no para suplirlo; palabras para comunicar con los otros hombres que elevan el alma a Dios, a fin de fortificarse en esta comunión, y también para procurarla. La religión no es el precepto que se invoca cuando conviene, sino que se practica siempre; es la aspiración a perfeccionarse, es la justicia, es el amor, es la unión íntima del espíritu con Dios, que le eleva y le sostiene en la desgracia y en la prosperidad.

*El hombre no es religioso como es militar o empleado, ni puede echar la llave a su conciencia como a su pupitre. Hay quien va a la iglesia, reza una oración y dice: **He cumplido mis deberes religiosos.***

*Después se ocupa en su profesión, en su oficio, o en nada. Fuera del templo, o concluida la plegaria doméstica, la religión no interviene en su trabajo ni en sus ocios. ¿Por qué? Porque no es verdadera. La verdadera religión acompaña al hombre a todas partes, como su inteligencia y su conciencia; penetra toda su vida e influye en todos sus actos. **Sus deberes religiosos**, no los cumple por la mañana, por la tarde o por la noche, sino todo el día, a toda hora, en toda ocasión, porque toda obra del hombre debe ser un **acto religioso**, en cuanto debe estar conforme con la ley de Dios. Hay religión en el trabajo que se realiza, en el deber que se cumple en la ofensa que se perdona, en el error que se rectifica, en la debilidad que se conforta, en el dolor que se consuela; y hay impiedad en todo vicio, en toda injusticia, en todo rencor, en toda venganza, en todo mal que se hace o que se desea. La religión no consiste sólo en **confesar** artículos de fe, y practicar ceremonias del culto, infringiendo la ley de Dios. Al hombre religioso no le basta ir al templo, es necesario que lleve altar en su corazón, y que allí, en lo íntimo, **en lo escondido**, ofrezca sus obras a Dios, como un homenaje, no como una profanación y un insulto. Cuando llega la noche, y examina en su conciencia cómo ha empleado el día, si no ha evitado todo el mal que en su mano estaba evitar, si no ha hecho todo el bien que pudo hacer, no puede decir con verdad **que ha cumplido sus deberes religiosos.***

(...)

Amaos los unos a los otros, sed perfectos como vuestro Padre Celestial. Este es el mandato del Divino Maestro. ¿Cómo le obedecemos en España? ¿Cumplimos la ley de amor aborreciéndonos hasta el punto de recurrir de continuo a la violencia, de empuñar las armas, y en continua y abominable matanza, manchar con sangre las manos fraticidas y el alma con el más horrendo pecado? Si la religión dijera **aborreceos**, podíamos llamarnos ¡ay! un pueblo muy religioso; pero como dice **amaos**, ¿no parecemos un pueblo impío?

¿Cumplimos mejor con la ley de perfección que con la ley de **amor**? Siendo una misma, no puede ajustarse a la una quien infringe la otra, y nuestra imperfección viene a dar testimonio de nuestra impiedad.

*Personas sencillas, fáciles de contentar, deseosas de ver realizado el bien que desean, se congratulan porque en ciertos templos y en días dados, acuden los fieles en gran número. ¿Dónde están las obras de esa fe? Jesús ha dicho: **El árbol se conoce por sus frutos.** ¿Cuál es el de ese árbol que parece vivo porque está en pie, que parece muerto porque no da fruto? ¿Cuál es el de esa religión que llena simultáneamente los templos, las orgías, las casas de expósitos, de juego, de prostitución, los presidios, y las calles y las plazas de gente que debería estar en ellos? La corrupción de las costumbres llega al punto de que la deshonestidad no escandaliza; la desenfrenada afición al juego, en vez de perseguirse, se explota; la vanidad despliega su lujo ante la miseria sin ningún miramiento; el egoísmo, bajo todas sus formas, se ostenta del modo más cínico; la usura es tan general, que el usurero no atrae sobre sí el desprecio que merece, ni aun se llama por su nombre; la apropiación de lo ajeno es tan general, que se hace impunemente si se trata de la hacienda pública, y de la privada muchas veces, y lejos de señalarse con el dedo los que se enriquecen contra conciencia, se notan los que la tienen porque son muy raros, y si no se desdennan, no se respetan tampoco.*

(...)

Y ¿en qué consisten las prácticas religiosas de la mayor parte de las personas que de buena fe practican? Oír una misa que parece larga si para decirla se emplea el tiempo fijado por los cánones, y hacer una confesión siempre de los mismos pecados, y que no determina la enmienda; esta es la regla general.

Tratándose de millones de individuos, lo que nos parece regla, ha de tener y tiene dichosamente numerosas excepciones; hay muchas personas que comprenden bien la religión, que sinceramente la practican, y no todos los hombres son indiferentes o hipócritas; los hay verdaderamente piadosos, pero por desgracia no puede dudarse que están en gran minoría.

Y ¿a quiénes falta principalmente religión, a los de arriba o a los de abajo? Dios, que lee en la conciencia, sabe la culpa de cada uno; pero según las reglas que guían los más rectos juicios humanos, puede afirmarse que ni los pobres ni los señores tienen verdadera piedad; que hay individuos, no clases piadosas, debiendo todos cubrir de ceniza la frente y entonar los salmos penitenciales. Un poco más de cinismo o de brutalidad, un poco más de reserva o de hipocresía, es todo lo que se observa, y no siempre, según la posición social de cada uno.

(...)

¡Ah, caballero! Si me diera V. una clase elevada y media de verdaderos creyentes, yo le daría a V. sin tardanza un pueblo de sincera fe; pero pretender que la religión ha de estar en razón inversa de la riqueza para seguridad de los que la posean, es pretender lo imposible.

La superstición está haciendo a la religión un daño infinito material y moral; la superstición priva a la religión de recursos para obras verdaderamente piadosas, y la enajena muchas voluntades. Y ¿en qué se apoya principalmente? En la ignorancia y en la indiferencia religiosa. ¡En la indiferencia! Sí, señor. El sentimiento religioso tan fuerte en las mujeres, unido a la ignorancia en que por lo común viven, las predispone a ser supersticiosas. ¿Qué hacen el padre, el marido, el hermano? Reírse de sus preocupaciones y dejarlas, como si fuera cosa imposible que ellos creyeran y ellas pensaran.

(...)

Cuando por regla general los que piensan no creen y los que creen no piensan, la razón y la fe no pueden constituir aquella superior armonía de que depende en parte la resolución del problema social. Usted conoce muchos señores, y yo también, que miran la cuestión religiosa como cosa baladí; V. los conocerá tan ciegos, que no ven lo que pasa en su propia casa, y menos imaginan que los Mandamientos de la ley de Dios se relacionan íntimamente con los salarios, las huelgas, las exigencias razonables o abusivas de capitalistas u obreros, y, en fin, con el modo de establecer la libertad y el orden en la esfera económica y de realizar en ella la justicia. Pero esta ceguera, que impide el conocimiento, no suprime la influencia de la religión en los problemas sociales, ni que éstos hallen mayores obstáculos donde no se comprende bien y se practica mal.

(...)

Carta cuarta: Moral

*Muy señor mío: Hemos dicho ya que la cuestión social es cuestión moral, y digo **hemos**, porque V. es ilustrado de sobra para no convenir en ello inmediatamente. Podemos definir la moral diciendo, que es el **conocimiento y la práctica del deber, realizado por el puro amor al bien.***

La moralidad más perfecta de una persona depende de que conozca más su deber y le practique mejor. Entre la moralidad del que comprende bien y practica desinteresadamente todos

sus deberes, y la del que los desconoce o pisa todos o no cumple alguno sino por cálculo, hay la escala inmensa, a cuyos extremos están la virtud sublime y el cálculo miserable o el crimen horrendo.

(...)

Cuando un mal toma las proporciones que la inmoralidad tiene entre nosotros, no puede estar limitado a una clase, y si esto era dudoso para alguno, las revoluciones políticas han puesto en evidencia que se carece de virtudes abajo, en medio y arriba; ha entrado la tiena en todas las capas sociales, y ¡cosa tristísima! de todas salió pus. La enfermedad, con variaciones accidentales de forma, se ve que es esencialmente la misma en grandes, pequeños y medianos.

Carta séptima: Juego

(...)

*Una parte del público **juega a la Bolsa**, que es todavía peor que jugar a la lotería. Al que en este juego se arruina, se le tiene por imprudente o poco entendido; al que gana, por diestro o afortunado; a ninguno de los dos por hombre inmoral, ni al que afirma que lo es, por persona que habla en conciencia y dice verdad. En el juego de la Bolsa hay cosas análogas a ver las cartas del contrario, a señalarlas, y circunstancias que no tiene juego alguno, propias para depravar al jugador y hacer de él un monstruo.*

Las cartas del jugador de Bolsa son los fondos públicos, y si él puede averiguar, antes que sea conocido, un suceso que determinará un alza o una baja, vende o compra engañando a sabiendas al comprador o vendedor que con él trata, conociendo perfectamente que le arruina, dándole por veinte lo que al día, a la hora siguiente, valdrá diez o cinco.

(...)

*Es frecuente oír: **Tal noticia falsa, se ha propalado para hacer que baje la Bolsa, o que suba**, y es verdad, y lo es también que la moral pública está pervertida hasta el punto de que se puede ser jugador de Bolsa, aun de la categoría de los que hacen trampas, de los que no juegan al azar, sino viendo las cartas del contrario, y ser tenido por persona decente y honrada.*

El que juega a la baja en tiempo de guerra, desea desastres, tal vez para su partido, para su patria, hasta para su familia.... Él, para no arruinarse, necesita que bajen los fondos, lo necesita a toda costa, y habiéndose colocado en situación en que necesita heroísmo para no ser un monstruo, lo es.

*La opinión, vergüenza causa decirlo, da pábulo a todas estas abominaciones, sanción a las ganancias de tan repugnantes fraudes, y llama a los defraudadores **hombres de negocios, que juegan a la Bolsa**, sin perseguirlos en lo más mínimo con su reprobación.*

*Si el jugador de Bolsa no es execrado, ¿cómo ha de serlo el de casino, **círculo** o reunión con cualquier nombre, donde concurren personas decentes, para **arruinarse honradamente**, es decir, sin hacer trampas? Los caballeros principales acuden al establecimiento, que ocupa en la calle principal uno de los mejores edificios amueblado con lujo. A él van personas de calidad; coches se ven a la puerta con escudos que un resto de pudor no hace cubrir siquiera, y son buen argumento contra la herencia de títulos que se profanan. El Sr. D. H. o D. R. se arruinó; redujo a pobreza a sus inocentes hijos, a su virtuosa mujer; los sacrificó cruelmente; es una desgracia para ellos, pero no una infamia para él, y con tal que pague todas sus deudas, todavía es una persona decente, y un caballero, a veces sin pagarlas.*

(...)

Carta octava: Modo de adquirir

Muy señor mío: La ley pena, en teoría al menos, ciertos modos de adquirir, que llama robo, fraude, estafa, hurto, etc., etc., dejando sin condenar, unas veces por falta de poder, y otras de voluntad, el mayor número de medios de adquirir reprobados por la moral.

*La opinión, lejos de ser más severa, se muestra aún más tolerante, como, por ejemplo, en las defraudaciones al Estado, que la ley pena en teoría, y la opinión absuelve. Uno, ciento, mil empleados y altos funcionarios se enriquecen por medio del fraude, gastan en un mes el sueldo de todo el año, no pocos se hacen ricos, y cuando lo son, se los considera, aun sabiendo el vergonzoso origen de su fortuna. Ellos se tienen y son tenidos por personas **decentes**: la decencia en España nada tiene que ver con la moral: como la contribución, se mide por la renta. El que viste bien, come mejor, tiene alfombra y sillería con muebles, es decente: si va en coche, distinguido. Es mucho el decoro que da a una persona el tener lacayo. Todo esto sale de un bolsillo que se llenó vaciando las arcas del Estado. En rigor, no puede negarse que valiera más que aquella fortuna tuviese otro origen; pero ¿qué se le ha de hacer? Hay tantas así, que viene a ser imposible rechazarlas.*

*No ha de pasar uno la vida averiguando la de los otros; bien sería que fuesen mejores; pero, en fin, hay que tomarlos como son o vivir en triste aislamiento, sin relaciones que son tan agradables, y pueden ser tan útiles, porque el mundo no es de los impecables, ni hay que exagerar las cosas, pensando que puede haber inmoralidad en aprovecharse del favor de un hombre inmoral. Además, existe gran diferencia entre robar a un particular y robar al Estado; aunque de resultas de estos robos se exija al pobre por contribución los últimos céntimos de que puede disponer y necesitaba para pan; aunque se le venda su ajuar; aun que los niños se mueran en la Inclusa y los enfermos en los hospitales, por falta de fondos para atenderlos debidamente; aunque miles de personas perezcan en la miseria porque el Gobierno no les paga; aunque la primera enseñanza se abandone, preparando con la ignorancia el terreno donde germinará el error y el delito; aunque se abandonen las obras públicas, y las vías intransitables aumenten el precio de los artículos de primera necesidad, y en proporción la miseria; aunque no haya con qué acudir a los que las inundaciones u otras inevitables calamidades arruinan; aunque el soldado herido no tenga a veces un vendaje, ni una camisa que sustituir a la que empapó con su sangre y le sirve de cilicio...; aunque el soldado en campaña enferme o muera porque se le alimente mal, no se le vista bien, o se le dé vino nocivo; aunque estas y otras cosas sean en gran parte efecto de los fraudes que se cometen en la administración de rentas públicas, hay mucha diferencia entre robar a un particular y robar al Estado; así lo afirma la opinión, y no hay para qué decir si los defraudadores se apresurarán a utilizar el beneficioso **distingo**.*

*Y, en verdad, bien considerado, puede, en efecto, hacerse distinción, porque aunque en la esencia es igualmente vituperable el hecho de privar de lo que es suyo a un particular o al Estado, en este último cabe un **daño mayor**, que hecho a sabiendas constituye **mayor delito**. El que roba a un particular puede saber a quién roba, y hasta cierto punto el daño que hace; no así el que roba al Estado, siéndole imposible calcular si con aquella cantidad que sustrajo, privó de alimento al niño de la Inclusa que muere de hambre, o de socorro al soldado herido que por falta de él sucumbe. Si no hubiera más ladrones que los que roban a los particulares, con ser muchos, aun se concibe orden y moralidad, que hacen de todo punto imposible los que roban al Estado: ellos son los que convierten las ruedas administrativas en focos de corrupción, contribuyendo a contaminar la atmósfera moral, infinitamente más que los que están en pre-*

sidio: el delito que se reprueba y se pena, no ataca en sus fundamentos a la sociedad, sino el que queda impune y se honra.

No hay para qué decir la impotencia de la ley para reprimir fraudes que ella condena y la opinión absuelve. Pero esta falta de armonía entre una y otra, que existe tratándose de los que defraudan al Estado, no se nota al juzgar otros medios inmorales de adquirir, aprobados por entrambas de común acuerdo.

Los propietarios y comerciantes grandes y pequeños, los industriales, los capitalistas, los hombres de negocios, ¿qué regla tienen para fijar ganancia? Que ésta sea la mayor posible, en general, y en la práctica no se descubre otra. En todo contrato, sea verbal o escrito, trátase de comprar patatas, corbatas, dehesas o títulos del 3 por 100, el precio y la ganancia, ¿tienen algún límite moral? No puede hallarse a veces diferencia esencial entre ciertas especulaciones y ciertos hurtos; parece que la distinción aparente está en que aquéllas constituyen contratos libremente aceptados.

Primeramente, en muchos contratos entra el engaño, es decir, el fraude, y la aceptación no es libre, porque nadie puede estar conforme con que le perjudiquen y le engañen. Además de la falta de conocimiento, hay a veces la imposibilidad de sujetarse a las condiciones del contrato, que no puede rehusar el que las acepta aunque le parezcan injustas, como cuando se cobra un precio excesivo por artículos absolutamente necesarios. El consumidor no tiene libertad para no comprar pan, porque no la tiene para vivir sin comer; de modo que en muchos casos, ciertas especulaciones pueden distinguirse del robo, en que no hay violencia; pero del hurto, sólo en que las autoriza la ley.

(...)

*Profesiones hay convertidas en industrias por los que las ejercen, puesto que la principal mira, si no la única, que llevan, es vender mucho y muy caros los productos. El farmacéutico poco escrupuloso; el autor que sólo trata de **gustar**, para que su obra se venda **mucho**, yéndose con la corriente de pasiones, errores y extravíos intelectuales, en vez de oponerse a ellos; el militar que no piensa más que en ascender; el empleado que no se ocupa más que de cobrar; el escribano que justifica la reputación poco envidiable de los de su clase; el artista que en lugar de elevarse a las regiones del arte, se arrastra por el mercado o se contenta con aplausos que no merece; el médico que en vez de estudiar el modo de curar las enfermedades, estudia el de tener muchos enfermos; el letrado que no rechaza nunca un pleito si el que le promueve puede pagar los alegatos, que*

defiende a sabiendas la injusticia, y hasta se envanece de hacerla triunfar con su habilidad y talento; el ingeniero más dispuesto a dejarse tentar por la ganancia que a cultivar la ciencia; el profesor de enseñanza que vende lecciones a tanto una, haciendo mucho para que se le paguen más, y poco o nada para que estén conformes con la verdad y a la altura de su elevada misión; el sacerdote que piensa más en el regalo de su cuerpo que en la salvación de las almas: todos éstos convierten su profesión en oficio, en industria inmoral, que hasta donde es posible debiera estar prohibida por la ley y absolutamente condenada por la opinión.

*Y ¿qué pensar de la moralidad del que hace casas para pobres, o al heredar procura que se le adjudiquen, **porque son las que reeditúan más?** ¿Qué idea formar del armador que hace salir con temporal su barco, tal vez muy viejo y asegurado ha dos días, tal vez con carga excesiva, tal vez con gran número de desdichados pasajeros sobre cubierta, y a quienes con la tripulación pone a riesgo de perder la vida por realizar él una buena ganancia?*

¿Cómo calificar al que saca un enorme producto de la casa que alquila para el juego o la prostitución, codicioso cómplice de tanta maldad e ignominia, y que puede llevar alta una frente tan manchada?

*Y V. que los conoce, caballero, ¿qué piensa de **los hombres de negocios**, atentos sólo al suyo, falange corrompida y corruptora, que hace tanto para que en sus manos aumente el precio de las cosas, sin hacer nada para aumentar su valor; unas veces vendiendo papeles como quien da moneda falsa, y otras comprándolos como se adquiere un cuadro cuyo mérito no sospecha el vendedor; que descienden con frecuencia por debajo de los usureros más abyectos, y cuando se elevan más, están a nivel de los revendedores de billetes? No hago a V. el agravio de pensar que juzgará menos severamente que yo esos especuladores desenfrenados, que teniendo la ganancia por única ley, se burlan de todos, que cuentan como activo su cinismo y su osadía, que utilizan todos los vicios, que escarnecen todas las virtudes, y apoyándose en la corrupción que aumentan, se elevan sobre la ruina que causan. Pero la opinión los tolera, rubor causa decirlo, tal vez los ensalza, y las honradas frentes que salpican con las ruedas de sus carruajes, se inclinan como abrumadas por el peso de la común ignominia.*

No acabaría nunca si hubiera de indicar todos los medios inmorales de adquirir que la opinión sanciona o tolera. Después de escribir un tomo, cualquiera podría notar que estaba incom-

pleto y añadirle muchas páginas, tanta es la variedad de modos de apropiarse lo que en justicia no se puede poseer, algunos de los cuales decorosamente no se pueden decir. ¡Desdichada la sociedad en que la conciencia pública no rechaza ni aun aquello que ofende a los oídos!

Carta novena: Modo de gastar

*Muy señor mío: Si la opinión sanciona, o cuando menos tolera, muchos medios de adquirir inmorales, es todavía más complaciente con los modos de gastar, tanto, que, según ella, el derecho de propiedad es el uso y el abuso de lo que se posee, y cuando ve que una persona derrocha, malversa, despilfarra, emplea su hacienda en fomentar propios y ajenos extravíos, se encoge de hombros diciendo: **Gasta de lo suyo**. La fortuna, que así se llama al dinero, da no sólo derecho a las comodidades, a los regalos, a los goces, sino también a los vicios caros y a los escándalos lujosos; al que paga mucho, la opinión le sirve haciendo cortesías y con el sombrero en la mano, encontrando un no se sabe qué de excelente, que la fascina, en todo aquel que hace brillar a sus ojos muchas monedas de oro: es horrible, pero es cierto; parece una ramera, cuyos favores son para el que puede comprarlos.*

Favorecidos por ella los derrochadores, viciosos o criminales, llevan muy alta la frente, con tal que puedan pagar mucho, encontrando muchas personas que los envidien, y pocas que los desprecien. Es un axioma sancionado por la conciencia pública, que el modo de gastar lo que se posee no tiene más regla que la voluntad de su dueño, que hará unas veces mejor, otras peor, pero que siempre está en su derecho.

(...)

El hombre no puede tener ningún derecho, sino como ser moral y racional, y cuando sin razón ni moralidad gasta, si lo hace legalmente, es por error o impotencia de la ley, que no ampara más que fines buenos, o que juzga tales, y que, puede equivocarse, como los hombres que la hacen, pero cuyo propósito es siempre realizar el bien. En principio no se sostiene, no puede sostenerse, que absolutamente pueda hacer uno de lo suyo todo lo que quiera, porque prescindiendo de aquellos modos de emplear lo suyo que constituyen delitos, hay otros que no se autorizan, por suponer al que los emplea fuera de razón. Si un hombre tira su trigo al mar, o comerciando en cris-

tal se entra por en medio de él dando palos, se le quitan las llaves del almacén y del granero, aun que sean suyos, porque se le supone loco, y el juicio es una condición para disponer libremente de lo que le pertenece.

*La razón condiciona la cualidad de propietario; no puede serlo el que carece de ella. Sin duda, el que pierde el juicio debe considerarse como un hombre incompleto; pero ¿no está en el mismo caso el que **pierde la conciencia**? ¿Puede existir el hombre racional sin el hombre moral? ¿Debe la ley coartar más al que destruye un valor porque no sabe lo que hace, que al que a sabiendas emplea este valor en propio y en ajeno daño? ¿Cuál es peor: tirar su dinero al río, o fomentar con él vicios, y tal vez preparar crímenes? La inmoralidad notoria, como la notoria locura, ¿no necesitan, relativamente a los medios materiales de que disponen, igual freno y por análoga razón?*

(...)

*En cuanto a mí, al ver a un hombre elevado en la escala social, que podía dar alto ejemplo y da repugnante escándalo; que podía contribuir a la prosperidad de su país, y contribuye a corromperlo; que falta a su mujer y desmoraliza a sus hijos; que se arruina contrayendo deudas a pagar cuando muera su padre, su suegro, o nunca, y que, no obstante, es un caballero, a quien se considera y condecora; cuando veo hechos semejantes, una y otra vez, y mil, pienso que acaso en alguna época sucedan cosas tenidas hoy por imposibles; que a Nerón, con ser tirano feroz, no le ocurrió que podía expropiar a un ciudadano de Roma, y que si un día no se establece algo parecido a **expropiación por causa de moralidad pública**, no digan nunca los hombres que el mundo progresa mucho.*

(...)

Pero Dios no ha establecido estas odiosas contradicciones proclamadas por la impiedad de los hombres. El lujo que corrompe, empobrece; el lujo que perjudica a la moral, rebaja el arte.

(...)

Si la riqueza no se distribuye con mucha desigualdad, y hay pocos miserables y pocos ricos, será grande el consumo de las cosas necesarias, y escaso el de las superfluas; habrá pocos que vayan descalzos, y pocos que lleven botas de pieles costosas, con primorosa labor; pocos que estén sin camisa, y pocos que la gasten de batista pespunteada y bordada, y los trabajadores se dedicarán, por regla general, a producir las cosas de general consumo y verdadera necesidad.

(...)

Hay más. Los capitales empleados por el lujo en alimentarle, podían y debían dedicarse al aumento de la pública riqueza y bienestar. Esos trabajadores que pulimentan mármoles y doran molduras, podían hacer casas cómodas para obreros, donde vivieran racionalmente, y más; aquellos que fabrican telas preciosas, podían abrir un canal de riego que fertilizara una estéril comarca, sin que los capitalistas que los pagan renunciasen a sus racionales comodidades, y con aumento de la riqueza de todos.

Hay más aún. Los obreros que emplea el lujo, expuestos a sus caprichos y a las veleidades de la moda, son víctimas de inevitables oscilaciones: hoy, trabajan noche y día, incluso los festivos; mañana, no tienen trabajo porque el buen tono rechaza sus productos. Cuando hay alguno raro, el lujo le paga a exorbitante precio, visto lo cual, la producción aumenta y abarata; entonces ya no es lujo, y se desdeña; va descendiendo por la escala de la vanidad, hasta, que llegado al último peldaño, cae en el desuso o depreciación, y deja sin trabajo a los obreros que ocupaba.

Hay más. El lujo, con la corrupción que engendra, rebaja, desmoraliza, crea ficticias necesidades, y devora con la economía que pudiera ser reproductiva, la limosna del necesitado: todo le parece poco para deslumbrar con su brillo, y en vez de socorrer la miseria, la insulta. Es evidente, pues:

1.º Que el lujo, no es un capital, sino la malversación de los capitales.

2.º Que no es fuente de trabajo, ni da de comer a nadie, sino torcida dirección a una parte de la actividad humana.

3.º Que los capitales que emplea abajo, se sepultan en sus simas, de donde no salen más que escándalos y provocaciones, podían y debían emplearse en empresas útiles, que aumentarían la pública moralidad, la riqueza y el bien estar.

4.º Que con sus cambios caprichosos, deja con frecuencia sin trabajo a los obreros que emplea.

5.º Que corrompiendo el corazón, le endurece, y devorando toda economía, deja vacías las manos que habían de socorrer al desdichado, y secos los ojos, que no tienen una lágrima para su desventura.

6.º Que ostentándose entre la miseria, después de contribuir a producirla, la insulta, la irrita, encendiendo pasiones y provocando iras que, ciego o hipócrita, atribuye a muy diverso origen.

(...)

Carta undécima: Deberes domésticos y deberes sociales

(...)

Esto, que afirma la experiencia, lo corrobora el raciocinio. El hombre moral no se fracciona en varias e independientes partes, de las cuales unas cumplen, y otras dejan de cumplir con la ley del bien que constituye la armonía del todo. Es uno, solo, el mismo, y cuando se desmoraliza y se endurece y se deprava, es para todo y para todos, siendo imposible que el alma desierta de generosos sentimientos, tenga oasis para las severas virtudes, y que pueda inspirarse a la vez en el cálculo mezquino y en la generosa abnegación. No sucede: de entre los hombres que pudiendo no hacen bien, salen los que hacen mal; los grandes egoístas son el plantel de los grandes malvados.

(...)

El que vive en una cómoda casa, ¿cree pagar con su alquiler la vida del albañil que se mató cayendo de un andamio y dejó a su mujer y a sus hijos en la miseria?

El que va cómodamente en un coche de primera, los pies sobre el calorífero, ¿cree pagar con el precio del billete la vida del maquinista, del fogonero, del guardafreno, del que espala la nieve o guarda la vía, que con el exceso del frío contraen una enfermedad que los mata, o del que murió al hacer el camino?

¿Cuánto ha costado el túnel de Hoosac? Trece millones de duros. Aunque difícil, es posible sacar el rédito de este capital; pero el comerciante ni el viajero, por altas que tuvieran las tarifas, ¿pueden pagar la vida de CIENTO CUARENTA Y DOS hombres que murieron para hacer la obra?

(...)

El que compra un espejo, ¿paga la salud del obrero que para hacerle estará convulso todos los días de una vida que abrevió en la mina de azogue?

Podría hacerse una lista larga, demasiado larga, de los trabajos que no se pagan por su valor equitativo, y de otros fatales para la salud del trabajador, que ponen en riesgo su existencia por una retribución reducida, y resultaría otra lista, no más corta, de acreedores desconocidos para esos que se lo deben a sí mismos todo, y que cuando han pagado al carnicero y al sastre, el billete del ferrocarril y de los toros, creen que con la sociedad no tienen ya deuda alguna.

(...)

Pero debe notarse que, a medida que los pueblos elevan el nivel de su moralidad (que, dicho sea de paso, es el verdadero

progreso), van exigiendo más la ley, la opinión y la moral, en términos de que, aumentando el número de las buenas acciones exigidas, queda más reducido el de las voluntarias. La compasión, desconocida en las hordas salvajes, voluntaria en los pueblos bárbaros, toma carácter de obligatoria en los pueblos cultos, llamándose beneficencia pública. En las sociedades y en los individuos, la perfección moral consiste en ir reconociendo mayor número de deberes y cumpliéndolos mejor, cosas correlativas; de modo que la voluntad, más recta cada vez, se crea en menos casos facultada para dejar de hacer todo el bien que puede.

No hay duda que llamamos obras de justicia a muchas que se han tenido por obras de caridad, y que no pocas que reciben hoy este nombre, serán nada más que justas en los siglos venideros. Entonces, estos deberes sociales que hoy se desconocen, aparecerán bien claros, y se comprenderá difícilmente cómo no lo han sido siempre, y cómo las voluntades torcidas pudieron obscurecer los entendimientos hasta el punto de negar que las imperfecciones inevitables de la máquina social y las injusticias consiguientes, pueden y deben estar compensadas, hasta cierto punto, por la perfección moral que lleva la equidad y la justicia donde la ley no podrá llevarla nunca.

En cuanto a mí, tengo mucha confianza en la buena voluntad, muy poca en la voluntad arbitraria, y me parece el ideal del progreso que toda acción buena se tenga por obligatoria, que parezca mal todo bien que, pudiendo, deja de hacerse, y, en fin, que se confundan y nombren con una sola palabra la CARIDAD y la JUSTICIA.

Carta decimotercera: Fraternidad

Muy señor mío: La fraternidad, que se predica como precepto divino, o se ensalza como progreso humano, más veces se ve escrita en banderas y papeles, que grabada en los corazones.

(...)

Los señores suelen heredar el desdén hacia los de abajo, que juzgan inferiores; los pobres heredan a veces el odio a los de arriba, que creen tiranos, y la prosperidad y la penuria, la fuerza y la debilidad, el saber y la ignorancia, cosas que habían de armonizarse por la enseñanza, la protección y el amor, se hostilizan, como dos bajeles que se debieran mutuo auxilio porque sin brújula ni timón chocan entre sí a impulsos del huracán.

No hace mucho tiempo que los pobres eran como rebaños o bestias de carga, sin voz, ni voto, ni derecho: no es posible que borren de pronto las señales del yugo, y pasen de la abyección a la dignidad, ni que los señores, en una, ni en dos, ni en cuatro generaciones, puedan limpiarse de la lepra de injusticia transmitida en triste herencia. Es preciso tener a raya las impacencias imprudentes, aun que sean generosas; no se camina de prisa hacia el bien; no hay progreso, si merece tal nombre, que no sea lento; la ley es dura, pero es ley.

*No aspiremos, pues, a que en un día ni en un año pobres y señores depongan sus mutuas prevenciones, y fraternicen; pero debe procurarse que, en la medida de lo posible, se aproximen suavemente por las vías de la justicia, en vez de chocar por los caminos de la iniquidad. Se decreta **la igualdad ante la ley**; buena es, o puede ser, según los casos, pero aun en el más favorable, vale poco en lucha con **la desigualdad ante la opinión**, que es un gravísimo obstáculo para la fraternidad.*

*Las **diferencias**, cuando son, o se creen, esenciales, producen alejamiento. Los seres se unen, se armonizan, se aman, a medida que se asemejan, de tal modo, que identificarse, es decir, tener un modo de ser esencialmente **idéntico**, equivale a unirse, amarse, confundirse, por decirlo así, en un solo ser espiritual y afectivo.*

(...)

*Ya comprenderá V., caballero, que no estoy con los **niveladores**: sé que la posición social de los hombres no puede ser idéntica cuando ellos son diferentes, y que las diferencias son necesarias para el progreso, y hasta condición de sociabilidad. Pero si la igualdad absoluta es un absurdo, la absoluta desigualdad es otro; en medio de estos dos extremos está la razón, que, dejando aparte excepciones monstruosas, nos demuestra en todo hombre un semejante en las cosas que pueden llamarse los puntos cardinales del alma. En la esfera moral, la semejanza, la identidad, podría decirse es tan esencial, tan indeleble, que se revela a través de todas las diferencias; el hombre rudo sabe y practica el deber a veces tan bien, muchas veces mejor, que el hombre ilustrado, y en las grandes catástrofes, y en las públicas calamidades, y en las privadas desventuras, virtud, abnegación, heroísmo, hay en los que no son capaces de pronunciar sabias lecciones, pero que saben dar altos ejemplos. Esos corazones amantes, esas almas puras, que salen de la multitud en horas de prueba, demuestran que todo hombre, pobre o rico, tiene la chispa divina, y el que desconoce su dignidad, yerra o peca gravemente.*

Dios ampare a usted, hermano, es una bendita frase cuando el que la pronuncia no puede amparar al que la implora, cuya pena compadece; pero suele ser una fórmula hipócrita que se aplica con los labios y se desmiente con el corazón. Aun para el que se halle bien dispuesto, es difícil fraternizar de veras con criaturas tenidas por esencialmente inferiores. ¿Por qué en siglos de fe viva en la ley de amor, eran los pequeños tan poco amados por los grandes? ¿Por qué se trataba al pobre con tanta dureza? Porque se le despreciaba. De aquellos rebaños de plebe se hacían esclavos, siervos, vasallos y pecheros; ninguna ley era común entre ellos y los señores, y la dureza con que se les trataba era consecuencia de lo poco en que se los tenía.

(...)

Se tienen a veces servidores en condiciones que los depravan. Por ejemplo, braceros ocupados en el pastoreo o el trabajo de los campos, que viven a grandes distancias de las poblaciones, con las que rara vez comunican; sin sociedad, sin religión, sin enseñanza, casi sin familia, poco más inteligentes y mucho más feroces que los perros del ganado que guardan, tan estériles para el bien como la tierra que cultivan, cuando no llueve.

Se emplea a los obreros en trabajos conocidamente fatales para la salud, sin hacer nada de lo mucho que se podía hacer para sanearlos, y cuando en ellos han enfermado y están inútiles, se los despide sin indemnización alguna.

Se hace muy poco o nada para disminuir el peligro de ciertos trabajos, y aun esto poco que se hace, parece ser para evitar los perjuicios que se siguen a la obra al mismo tiempo que perece el obrero: inválido, no recibe auxilio del que lo empleaba; ni muerto, su viuda ni sus hijos de corta edad.

Podríamos hacer una lista larga, muy larga, de injusticias que no se lo parecen a los señores, porque son pobres los perjudicados con ellas. ¡Son tantos! ¿Cómo se ha de atender a todos? Ya se sabe que sólo cierta clase de personas tiene derecho a ciertas clase de cosas. Los pobres, es cierto que sufren más, pero también sienten menos. La viuda de un señor con hijos y sin medios, es horroroso; la de un pobre, es distinto. Esa gente halla más recursos: va al río, asiste, vende naranjas o compra trapos, cose, hace media, y además tiene el hospicio y el hospital y puede pedir limosna... Pero ¡una persona decente!....

(...)

Carta decimocuarta: Cuestión intelectual

(...)

*Sed perfectos, dijo el Divino Maestro; y ¿cómo se ha de perfeccionar el que no conoce ni sabe? La perfección consiste en conocer más y hacer mejor, y obliga en la medida de los medios que se tienen de adquirirla. La ignorancia invencible es una gran desgracia; la voluntaria me parece un gran pecado, porque el ignorante desprecia el más hermoso don que ha recibido de Dios; convierte en daño un inapreciable beneficio; hace mal con el instrumento más poderoso del bien; priva a la sociedad de aquella cooperación que le debía, dándole, en cambio, un mal ejemplo, y se rebaja en vez de elevarse. ¿Le parece a V., caballero, que hay dignidad en aplicar los medios que se poseen para regalar el cuerpo, sin procurar al espíritu cultura ni perfección? ¿Merece el nombre de **decente** una persona muy esmerada en la limpieza de sus uñas y cabello, y que no se cuida de lavar su alma de la roña del error? ¿Hay muchas cosas más repugnantes que el contraste del brillo de afuera y la obscuridad interior, la altura material y la intelectual bajeza, y la altivez del que puede, con la humillación del que ignora? ¿Hay degradación más grande que aceptar con gusto la miseria intelectual, y ostentar como galas los harapos de la ignorancia?*

(...)

*La cuestión de las **horas de trabajo** es una que hace tiempo se agita en el mundo civilizado, y aunque haya Gobiernos que no le presten atención, no hay pueblo en que más o menos no se trate de ella. Se empezó por los niños, cruelmente condenados a una labor constante, que hacía imposible su desarrollo y educación, haciéndose luego extensivo a los adultos aquel protectorado de la buena voluntad inteligente. La justicia de reducir las horas de trabajo, de la opinión va pasando a la ley, y pasivamente pasará a las costumbres. Ocho horas de trabajo parecerán pocas tal vez a los que trabajan dos o tres o ninguna; pero son bastantes a juicio de los que saben por experiencia lo que es trabajar. Esta opinión se va generalizando, y empiezan a adoptarla, no sólo los que quieren lo justo, sino los que buscan lo **útil**, poniéndose de manifiesto una vez más las armonías de la utilidad y la justicia. El hombre, aun para los que no le consideran más que como una fuerza material, es una máquina que se cansa, que se agota, y si tal o cual individuo puede trabajar más en diez y seis horas que en ocho, la colectividad no, porque se extenua, se aniquila, enferma. Numerosas observaciones, y*

el parecer de personas competentes, van poniendo en evidencia que con ocho horas de trabajo material, el hombre produce el máximo de su efecto útil.

Ya comprenderá V., caballero, que si no le produjera, sería lo mismo para los que no le consideramos como una máquina; que un abuso no puede motivarse con otro, y que no había de ser razón para privar al obrero de la vida intelectual, el que contra justicia se utilizara un trabajo mecánico que apenas le dejaba tiempo para reparar sus fuerzas. Aunque fuera preciso para que la industria ostentara más prodigios, para que la prosperidad material tuviera más incremento, no habíamos de sacrificar en mal hora el espíritu del hombre a la manipulación más cómoda o vistosa de la materia. Pero hay, gracias a Dios, más armonías de las que se han visto y de las que se quieren aprovechar; bueno es que se vayan comprendiendo, y que lo justo parezca a todos útil, como acontece con la reducción de horas de trabajo.

No puede darse una regla general. El que trabaja en una mina de azogue puede trabajar menos tiempo que el que explota una de hierro, y éste menos que el que conduce un carro o cuida de una noria. Creo que con el tiempo, para gran número de obreros, se limitarán aún más las horas del trabajo; pero supongamos que son ocho, como acontece ya en algunas partes, y es de esperar que suceda en todas, porque la tendencia parece irresistible.

*Partiendo de que son ocho, y dejando para el sueño, la comida y el aseo del cuerpo once, que dan cinco que pueden dedicarse a la vida intelectual, y V. habrá de convenir que muy pocos señores le consagran tantas: de modo, que si los pobres no viven la vida del espíritu, no será por falta de tiempo, ni porque haya obstáculo ni imposibilidad material. La imposibilidad es moral, está en la voluntad, que no puede moverse hacia lo que no puede apetecer, ni apetecer lo que por completo desconoce. El mundo de la inteligencia es como si no fuese para el obrero rudo; no sabe que existe, y si por acaso le percibe entre lejanas brumas, ni puede desear llegar a él, ni, caso de que lo apetezca, puede parecerle posible la realización de este deseo. Comprendo la dificultad de inspirárselo, y de que, a pesar de los mayores esfuerzos, el que a los veinticinco años es completamente ignorante, no podrá ser a los cincuenta verdaderamente instruido, no por falta de tiempo, sino por no adquirir lo que podríamos llamar **hábitos intelectuales**, necesidades del espíritu: habrá excepciones; mas por regla general, para que la inteligencia dé los frutos que debe dar, es necesario empezar a cultivarla*

pronto. Esto no quiere decir de ningún modo que se abandone la instrucción de los adultos; dándosela con amor y con arte, uniendo la lección a alguna idea que pueda entusiasmar, a algún sentimiento que pueda conmover, todavía los hombres pueden ser dóciles como niños y suplir hasta cierto punto con la voluntad la falta de costumbre de ejercitar el entendimiento.

(...)

*La igualdad absoluta es un absurdo, pero la desigualdad exagerada, otro. Que fuesen igualmente retribuidos el ingeniero que dirige un puente, el picapedrero que labra la piedra, y el bracero que lleva una carretilla, sería injusto; pero tampoco hay justicia en que la diferencia de la retribución sea tal, que el uno pueda tener lujo de lo superfluo, y los otros carezcan de lo necesario. Sin duda, la dirección facultativa es más difícil y meritoria, pero no es más **necesaria**, **téngase** en cuenta, que la ejecución material, y si de un camino no se puede suprimir el trazado, tampoco el movimiento de tierras. En las demás profesiones sucede lo mismo, y sucede aun más, porque las diferencias intelectuales son menores, a veces no existen, a veces están en razón inversa de las retribuciones, lo cual es cómodo para los favorecidos, pero poco conforme a la justicia.*

(...)

*Como la sociedad no puede existir sin trabajar, sin que se hagan **todos** los trabajos **necesarios**, todos se ejecutarán. Aunque se levante mucho el nivel de la instrucción, quedarán desigualdades naturales y sociales, y necesidades perentorias; los que sepan o puedan menos, harán la faena más ruda, y si la hacen en mejores condiciones, tanto mejor para ellos y para la justicia. Cuando la instrucción se generalice, la ignorancia no podrá aspirar a los primeros puestos en ninguna línea, ventaja que no necesita encarecerse. Si llegara el caso de que ciertos trabajos no encontraran operarios; de que, por ejemplo, no hubiera mujeres que en húmedos sótanos tejieran, rivalizando con las arañas; ni hombres que contrajeran enfermedades sumergidos en el fondo del mar en busca de cierta clase de ostras, no creo que sean indispensables para la prosperidad y el buen orden las perlas de Oriente y los encajes de Bruselas.*

(...)

No queriendo más desigualdades que aquellas que están en la naturaleza de las personas y en la esencia de las cosas; comprendiendo que si la razón es un bien, no puede ser un mal cultivarla; que la sociedad más perfecta se compone de elementos más perfeccionados; la paz más sólida es la que se cimenta en la justicia; la organización más fecunda la que tiene más fuerzas

armónicas; teniendo algún conocimiento de la naturaleza humana y alguna fe en la Providencia divina, no sé qué inconvenientes pueden verse en la sólida instrucción popular, ni qué temor puede inspirar que la humanidad se perfeccione.

*Las sociedades antiguas no creían su existencia posible sin **esclavos**; las modernas no la comprenden sin **brutos**: confesemos que el progreso, no es grande, y esperemos que las futuras podrán vivir compuestas de **seres racionales**.*

Carta decimoquinta: La cuestión política

*Muy señor mío: Aunque no sea la política el asunto de estas **Cartas**, como influye en la sociedad, y por consiguiente en la **Cuestión social**, no parece fuera de propósito dedicar algunas páginas a los políticos, imposibles de clasificar en todas sus variedades, pero que podremos reducir a tres especies, siendo esta clasificación la que basta para nuestro objeto.*

Estas especies son:

- 1.ª Políticos de fe, de conciencia y de acción;*
- 2.ª Políticos de oficio, cínicos;*
- 3.ª Políticos de oficio, hipócritas.*

Hay, además, dos clases muy numerosas, que son:

- 4.ª Los que no se ocupan en política sino para explotarla;*
- 5.ª Los que no se ocupan en política ni la explotan.*

(...)

El político de oficio que se ocupa de política sólo para medrar, y no repara en medios ni oculta los que emplea, por malos que fueron, especie es tan conocida que con sólo indicarla vienen a la memoria del lector docenas y cientos de ejemplares, cada uno con una historia escandalosa que ya no produce escándalo; su satisfacción da asco, su seguridad, unida a su cobardía, da idea de la falta de fuerza de los que debían aplastarlos con el pie, y su frente manchada y alta, es como el resumen y la quinta esencia de la corrupción general. Viven de podredumbre y la revelan; son los gusanos del cadáver; si el cuerpo social tuviera vida robusta, no se apoderarían de él, y los arrojaría con los excrementos.

Los hipócritas en política, como en todo, son los que no se atreven a romper absolutamente con la virtud, o los que, fingiéndola, se proporcionan nuevos medios de atacarla, como

esos espías que se introducen en las plazas con el uniforme de sus defensores: la última clase es la más numerosa. Con apariencias menos altaneras, tienen estos hombres pretensiones verdaderamente exorbitantes, puesto que intentan reunir en su mezquina persona la palabra honrada y la obra infame; los honores de la vergüenza y los lucros de no tenerla; el humo del incienso y los vapores de la orgía; especie de ramerías disfrazadas de Hermanas de la Caridad, que cuentan por el rosario la suma de sus ganancias infames. Para aumentarlas, son pocos los que no están dispuestos a tirar el disfraz.

Ya sabe V., caballero, cuan frecuente es que, elevada a ciertos puestos, resulte indigna una persona que se creía honrada, y es que los hipócritas tienen sus categorías: los hay que se descubren por poco dinero, los hay que no se quitan la careta sino por millones, y no consienten en apartarse ostensiblemente del camino del honor, si no los llevan en coche: una vez subidos a él, se arrellanan y saludan a la gente de a pie con la altanería, la satisfacción y el desparpajo de quien da por bien rotas las trabas que impone la pretensión de parecer honrado.

(...)

Los abstenidos pertenecen a dos clases: son honrados, o no tienen honradez; hay que congratularse de que éstos no tomen parte en la gestión de la cosa pública, para aumentar el número de los que la dañan, pero es deplorable la abstención de los primeros, que debe atribuirse a un error, porque las personas honradas no faltan, conociéndole, a ningún deber, y ellos dejan de cumplir muchos. El hombre tiene deberes con la humanidad, con la familia y con la patria, y de estos últimos forman parte los deberes políticos, no aislados, sino entrelazados con los otros, influyentes e influidos, de modo que su desconocimiento o infracción dificulta o impide la justicia en otras esferas.

Es un principio absoluto, que todo el que tiene un poder, está obligado a emplearlo bien: poder es deber, no hay excepción de esta regla, y no puede serlo, por tanto, la política. El que tiene voto está obligado a votar, como el que tiene ciencia a enseñar, y el que tiene autoridad a dirigir bien a los que la respetan.

(...)

Además de que el deber no depende de circunstancias y de que los obstáculos pueden hacerle más meritorio, pero no eximir de cumplirle; además de que tiene siempre valor como lección y ejemplo, el que falta a él autoriza y motiva la falta de otros; el retraimiento de éstos es causa del de aquéllos, y ninguno sabe ni aproximadamente la fuerza que tienen los que no

quieren emplearla, ni hasta qué punto aumentan con retirarse la de los que debían combatir. Al abandonar el campo, se dicen neutrales, y no lo son, están muy lejos de serlo, porque su silencio se traduce por aprobación, y su retirada puede determinar, y determina muchas veces, la victoria de los políticos de oficio, cínicos o hipócritas. Y luego, ¿quién sabe el daño inmenso que hace a la política el que se aparten de ella los que podrían conducirla en las vías del bien, y la dejan convertirse en pozo inmundo, en que toda luz se apaga, o en casa de mal vivir, donde no se puede entrar sin mengua del honor? ¿Quién sabe el grado de insolencia a que pueden llegar los cobardes cuando tienen poder y no tienen miedo? ¿Quién sabe a lo que se atreverán los que no están contenidos por su conciencia ni hallan freno en la conciencia pública? ¿Quién sabe el oprobio que puede resultar de que no se necesite virtud, ni aun hipocresía, para tener autoridad? ¿Quién sabe hasta qué punto puede extraviar la opinión el que apenas se oiga más voz que la de aquellos que debían tener mordaza? ¡Quién lo sabe!

¡Ah! Usted y yo y todos saben y sabemos lo que ha llegado a ser la política, que unos pocos hombres de buena voluntad quieren moralizar en vano, y de que se retraen tantas personas honradas, por no formarse idea clara de su deber. Ellos contribuyen a que los bandoleros de pluma procuren la impunidad de los de trabuco; a que en la orgía administrativa se consuma la fortuna del país, y se brinde con la sangre de sus hijos a la salud del que los inmola; ellos, miran, sin protestar, la política que arruina y deshonorra al único pueblo civilizado y cristiano que tiene esclavos, a España, que añade hoy a sus armas el cepo y el grillete, que forma parte de la máquina gubernamental, y cuya bandera no puede decirse que ondea, sino que, cosida en forma de saco y llena por manos rapaces, la arrastran ignominiosamente por Europa, América y Asia. ¡Y pensar que tantos hombres honrados mueren para sostenerla alta e inmaculada!

Estas cosas no suceden sino porque además de la masa de abajo hay masa de arriba, multitud de gente pudiente que nada puede porque nada intenta, que con la pretensión de vivir tranquila y honradamente, compromete la tranquilidad y la honra de la patria, que en último resultado es la suya, y que dejándose acobardar por el desaliento y seducir por el egoísmo, obra contra su propio interés y se deja oprimir por los que podría aniquilar. Yo creo firmemente que la política mejoraría mucho si los hombres honrados no se retrajeran de ella e influyeran por todos los medios de que según su posición disponen.

Carta decimoséptima: La contribución directa

(...)

La lentitud del progreso es ley de Dios, y no me rebelaré contra ella yo, que, por regla general, muy general, condeno las rebeldías contra las leyes de los hombres. No acuso, no acrimino, no pretendo que de un salto se pase del abuso a la equidad, pero desearía que no se llame equidad al abuso, y que éste se reconociera, sin lo cual no podrá corregirse. Usted sabe que nuestros antepasados se clasificaban en nobles y pecheros; es decir, entro gente principal que no pagaba contribución, y gente menuda que la pagaba; además del perjuicio para una clase, de ser única a contribuir, el solo nombre de contribuyente era una ignominia.

Se dio un gran paso hacia la justicia, muy grande; todos fueron pecheros, es decir, contribuyentes, y admitido el principio, se ha ido perfeccionando su aplicación, habiendo llegado a establecerse, en las contribuciones directas, que sean proporcionales a la renta o utilidad. Esta proporción es aritmética: el que tiene diez paga uno; el que veinte, dos; el que ciento, diez; el que mil, ciento, etc., etc. A muchos, a los más, esto parece el máximo de perfección; a unos pocos no les parece más que el camino para llegar a ella: yo estoy con la minoría, y creo que así como hoy tenemos por injusto que fueran de una clase sola los pecheros, tampoco se juzgará un día por equitativa la proporción en que ahora se contribuye. La miro como un progreso, como un camino para llegar a la justicia, que a mi parecer está en el impuesto progresivo, que, como usted sabe, no grava la renta en proporción idéntica y constante, sino que esta proporción aumenta con el valor de la riqueza imponible.

(...)

*¡En **proporción!** Y ¿qué significa esta palabra? ¿Qué reglas de proporcionalidad se han tenido presentes para establecer esta proporción? De **diez, uno**; de **ciento, diez**; de **mil, ciento**; y ¿por qué no de **diez, medio**, de **ciento, catorce**; de **mil, noventa**? Si de **números** solamente se tratara, no hay duda que estaría bien aplicar directamente las reglas de adición y sustracción y proporcionalidad; pero cuando hay de por medio personas, entran en el problema más que cantidades, y no se puede resolver aplicando la aritmética pura y simplemente. Vistos los argumentos que se hacen contra el impuesto progresivo, me parecen consecuencia de cuatro capitales errores:*

1.º Falso concepto de la sociedad.

2.º Cálculo erróneo de la relación en que están las ventajas que proporciona la sociedad, y las cantidades con que se contribuye a sus gastos.

3.º Equivocado punto de vista para apreciar la situación económica del contribuyente.

4.º Apreciación inexacta del modo de formarse los capitales, de su empleo y de su objeto.

(...)

CÁLCULO ERRÓNEO DE LA RELACIÓN EN QUE ESTÁN LAS VENTAJAS QUE PROPORCIONA LA SOCIEDAD, Y LAS CANTIDADES CON QUE SE CONTRIBUYE A SUS GASTOS. No formándose idea exacta de los fines de la sociedad, no puede tenerse tampoco de los medios que para conseguirlos deben emplearse: se considera como una aglomeración lo que es un **organismo**, y partiendo de este falso supuesto, las consecuencias no pueden ser verdaderas. Así se ve que aquella proporción aritmética, mecánica, por decirlo así, que se mira como base para establecer la contribución, no existe, ni por consiguiente, la pretendida justicia en que ella se apoya. Poco ha observado los fenómenos sociales el que no ha visto que las ventajas de la sociedad crecen con la riqueza, en proporción mucho mayor que la aritmética. El que tiene una utilidad de 1.000 reales y paga 100, es un pobre; el que tiene una utilidad de 40.000 y paga 4.000, es un señor, una persona bien acomodada. Para el primero, una gran parte de las ventajas que ofrece la sociedad son inútiles, otras las aprovecha sólo muy indirectamente.

Hay alimentos abundantes; se alimenta mal.

Hay medios rápidos de comunicación; no usa el telégrafo, rara vez el correo, ni puede viajar.

Hay institutos, universidades, academias, bibliotecas; no puede adquirir ciencia.

Hay teatros y otras diversiones; no puede concurrir a ellas.

Hay varios caminos por donde dirigir la actividad; él no puede salir del suyo, trazado fatalmente por la pobreza.

Hay crédito; él no le tiene, ni le puede tener.

Hay medios de preservarse de ciertas enfermedades; no están a su alcance, y las contrae.

Hay consideración, poder, gloria; él vivirá obscurecido y desdorado.

Todas estas ventajas sociales, y otras que no lo son para el que contribuye con 100 reales, están al alcance del que paga 4.000. Reflexiónese un poco sobre esto; nótese bien cómo a

medida que se sube en la escala de la riqueza, se van, no sumando, sino multiplicando las ventajas que ofrece la sociedad; cómo se van hallando, aunque sin notarlo, por todas partes, y se recogen en disminución de dolores y penalidades, en aumento de goces y de medios de prolongar la existencia del cuerpo y dilatar la del espíritu. Cuanto menos se tiene, es menor la proporción entre lo que se paga pecuniariamente a la sociedad y lo que por todos conceptos se recibe de ella. Y no he hablado de la contribución de sangre para los que pueden pagarla en dinero, porque me propongo formar de ella capítulo aparte.

(...)

Carta decimonona: Los gastos públicos

Muy señor mío: Si la proporción en que pesa el impuesto sobre los menores y los mayores contribuyentes, es injusta, el modo de aplicar sus productos no lo es menos, y aun parece que pone en relieve y patentiza más la poca equidad que preside a la formación de las leyes, y cómo el Estado es el primero que infringe las de la moral.

¡Qué contraste tan terrible, caballero, entre la miserable vivienda de la mayoría de los contribuyentes, su vestido harapososo, su escaso alimento, y el lujo de los dependientes del Estado, y la regalada holganza de tanto funcionario que hace poco, no hace nada, o hace mal! La buhardilla de la ciudad, el pobre caserío del campo, donde no se puede entrar sin sentir la necesidad de dar un socorro, se invade para exigir con qué sostener el desorden, el despilfarro, cuando no la malversación y el fraude. No se da un paso sin ver un abuso que cueste dinero, que se tira por todas partes, además del que se guarda indebidamente. Apenas hay servicio público que, para hacerse mal, no cueste dos, tres, cuatro, diez veces lo que debería invertirse en hacerlo bien, sin contar con las dependencias que no prestan servicio alguno, y las que sólo sirven de entorpecimiento. Para esto se veja a los contribuyentes todos, pero con la diferencia de que a los grandes se los priva de lo superfluo, y a los pequeños de lo necesario”.

(...)

Los millones malgastados en ensanchar y embellecer el Ministerio de la Guerra, cuando no se han pagado sus haberes a los soldados que hicieron la guerra con tantas privaciones y

riesgo de la vida; el lujo de todos los Ministerios, las obras innecesarias y absurdas que en ellos se hacen, deshaciendo hoy lo que ayer se ejecutó; el comedor del Ministerio de Hacienda, donde se han gastado muchos miles de duros: se habla de 50.000 y de 60.000; el oriental lujo de la Presidencia; los coches y trenes de ministros, subsecretarios, directores y presidentes; los gastos exorbitantes en todos los ramos; la contribución, cuyos productos malversados no alcanzan a proveer a las necesidades de la justicia, de la humanidad, de la instrucción, del fomento de la riqueza, de las más indispensables reformas, que no se llevan a cabo por falta de fondos; los derechos impuestos a los cereales que se importan cuando hay grande escasez de granos, tributo que asciende a muchos millones, y se ha llamado, con propiedad, contribución sobre el hambre, y cuyos productos se invierten en lujo insultante; el ser tan difícil lograr recursos para una obra benéfica, y tenerlos abundantes aquellas que dejan beneficios indebidos a los que en ellas intervienen; los pobres ayuntamientos pagando cosas que no han de utilizar en beneficio de la capital de provincia; las provincias todas contribuyendo a los gastos locales de Madrid, que debía satisfacer su Ayuntamiento: todas estas cosas, ¿revelan idea de justicia en la aplicación del producto de los impuestos?''.

(...)

*El Estado tiene vida propia, pero no independiente de la Sociedad, de **cuyo organismo forma parte**, y de la cual recibe su fuerza, su inspiración, su vida. Se concibe mal sociedad sin Estado, pero no se concibe absolutamente Estado sin sociedad. La sociedad es el hombre que cultiva la tierra, o extrae los metales de su seno; el que surca los mares; el que estudia los astros; el que hace una máquina y pinta un cuadro: la sociedad es el legista y el artesano; el sacerdote y el poeta; el filósofo, el soldado y el matemático; todas las clases y todos los hombres, que se armonizan para todos los fines de la vida, y organizan el Estado para mejor cumplirlos, variando aquella organización y perfeccionándola, a medida que ellos se perfeccionan. Se comprende, y la historia demuestra que puede existir una Sociedad en que el Estado sea casi nada; por ejemplo, una tribu salvaje y los pueblos que vivieron bajo el régimen feudal. Aun se concibe más: una sociedad entregada a la anarquía, que no reconozca autoridad alguna, y viva poco tiempo y mal, pero viva sin Estado. Lo que es inconcebible, porque es de imposibilidad metafísica y evidente, es que haya Estado sin sociedad, es decir, sin hombres.*

(...)

Y ponemos ya punto final dejando abiertas ¡tantas preguntas!

¿Estaremos cambiando hoy ciertos ejes fundamentales para la emancipación humana entrevistados en la órbita de la ilustración?
¿Se estará alejando de nosotros esa posibilidad de que la humanidad pueda alcanzar su emancipación y mayoría de edad, su posibilidad de encontrar los medios y la felicidad aquí en la tierra?

A fecha de hoy apunta a escala global una distorsión entre el estamento por donde circula y se retroalimenta el capital y el estrato donde nos corresponde vivir a la ciudadanía de cada uno de los países. Los mercados financieros aparentemente sin color político, cambian e imponen gobiernos, favorecen con sus decisiones –ya sean consientes cómo bajo la inconsciencia del lucro– la acumulación de la riqueza y pueden condenar a la pobreza. Está implantado un modo de producir globalizado en el que impera el interés individual arrollador sobre un alto coste humano y medioambiental que viene siendo denunciado –al tiempo que proponiendo mejores alternativas– por voces que salen desde las ciencias económicas, políticas ...etc. Nos referimos a personas intelectualmente bien preparadas y moralmente herederas de este mismo discurso ilustrado-liberador que estamos planteando. La internacional de “arriba” a la que se refiriese Concepción Arenal, es esta. ¿Serán voces abocadas a diluirse en el desierto una vez más? ¿Qué papel cabe a los ciudadanos medios entre la resignación ante lo inevitable y el instinto de indignación ante la evidencia de tantas miserias y miserables encostradas en los mecanismos de la gestión de la polis? La internacional de “abajo” a la que también ella se refiriese, se repite aquí.

El capitalismo hoy se está separando de la escala humana de la producción, el trabajo y el consumo sobre el que se han fundado y desarrollado los Estados del bienestar garantizando los derechos sociales, laborales y políticos, para alimentar otra dimensión supranacional de operaciones especuladoras que no parecen haber encontrado su límite. Ciertos organismos y entidades internacionales creadas para el dialogo, el arbitraje y el consenso, para la regularización de los flujos monetarios, parecen copadas por quienes representan los intereses más depredadores del medio natural y esclavizadores de las personas. Tal cual un Saturno devorador de sus hijos.

Ahora precisamente que tenemos todos los medios técnicos y humanos desarrollados para poder extender la educación, la sanidad, la riqueza en su sentido integral y por tanto la felicidad a escala planetaria, simplemente falta que entre los más poderosos llegue a emerger y tomar entidad esa “conciencia de la humanidad” que como ya denunciaba en su tiempo Concepción Arenal no resuena fácilmente en sus corazones. El “omnipotente no ha tenido nunca conciencia” llegó a escribir ella. ¿Las miserias morales y otros nuevos miserables encaramados a los poderes dominantes, acabarán arruinando las expectativas de construcción y emancipación de la humanidad?

¿Dónde queda aquel esperanzador objetivo estratégico en la Cumbre de Lisboa al comenzar el milenio de que la Unión europea para el 2010 pudiera “convertirse en la economía, basada en el conocimiento, más competitiva y dinámica del mundo, capaz de crecer económicamente de manera sostenible con más y mejores empleos y con mayor cohesión social”?

Esta revolución “desde dentro de las conciencias” que, en definitiva, trataba de impulsar Concepción Arenal ¿quedará en el baúl de tantas otras bellas utopías formuladas entre las luces y las sombras de la caverna, al resplandor de alguna chispa de luz emanada de la Ilustración?

Así desde las inquietudes y realidades presentes, terminado 2012, ponemos punto final a este número monográfico.